BIBLIOTECA PARA NIÑOS

NIÑOS DE TODAS CLASES

Ramon Sopena · Editor
Provenza 93 a 97 · Barcelona

3 C 4
44

00074302

APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

OBISPADO DE BARCELONA

Nihil
El Censor,
Lic. José Portolés Vilarrocha,
Canónigo-Magistral.

Barcelona, 21 de octubre de 1926

IMPRÍMASE

JOSÉ, Obispo de Barcelona.

Por mandato de su Excia. Ilma.,
D.r Francisco M.ª Ortega de la Lorena,
Canciller-Secretario.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

NIÑOS DE TODAS CLASES

POR

EMILIO GÓMEZ DE MIGUEL

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, Editor.
Provenza, 93 a 97

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

NIÑOS DE TODAS CLASES

Lo que hace Narcisín durante el día:

Las primeras horas

Narcisín se levanta muy temprano, tenga o no que ir al colegio, porque el madrugar es saludable.

Apenas se despierta, eleva a Dios la oración de costumbre, dándole gracias por haberle dejado pasar bien la noche.

En seguida dedica un pensamiento a sus padres, como buen hijo que es.

Y según va despertando su memoria dormida, recuerda todas las cosas agradables que le sucedieron el día anterior; muéstrase satisfecho de no haber hecho daño a nadie, y olvida el mal que le hicieran.

Acuérdase también de algo agradable que tenga que sucederle durante el día que empieza: una lección que va a dar muy bien, un juguete que van a comprarle, un deseo que verá realizado, cualquier satisfacción, lo que fuere...

De esa manera, y pensando alegremente, se levanta con ánimo y con entusiasmo, para pasar la jornada. Por eso durante todo el día, Narcisín se muestra risueño y optimista.

Salta de la cama, y hace gimnasia unos minutos, para hacer con los músculos de su cuerpo lo que hizo antes con el espíritu: desentumecerlos, despertarlos también.

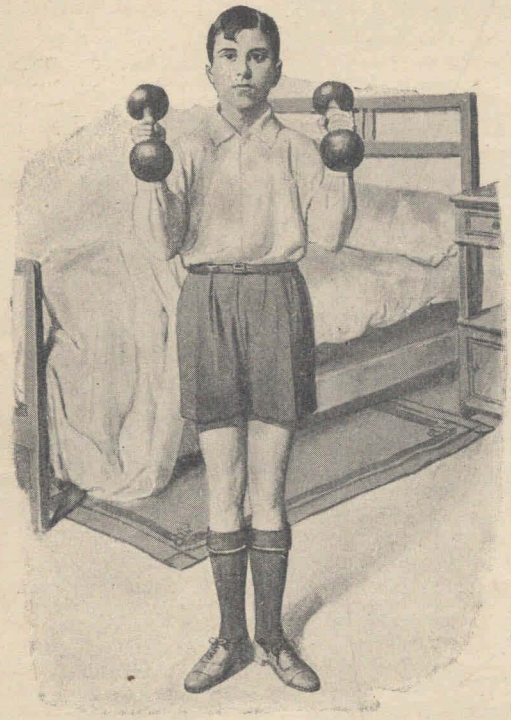
En seguida se lava. Nunca mandó que le calentaran el agua. Se da repetidas abluciones con ella, a la temperatura normal; y le gusta cuanto más fría mejor.

Usa mucho el jabón. Después de secarse cuidadosamente se peina con esmero; y luego frota las uñas contra un cepillito a propósito, hasta dejarlas limpias.

A continuación se viste. La noche anterior dejó en orden sus ropas

y su calzado, y en orden lo encuentra todo, sin que pierda el tiempo inútilmente buscando las cosas.

Una vez vestido, abre de par en par la ventana de su cuarto y aspira durante un momento el aire puro del exterior. Hecho esto, se sienta ante su mesita de trabajo y repasa las lecciones del día.



...y hace gimnasia unos minutos. . (Pág. 5.)

Estudia aproximadamente una hora con deleite, con fruición, sabiendo que es la más propicia, porque en esa primera hora del día está completamente despejada la cabeza.

Y sale luego de su cuarto, corriendo a saludar a sus padres; les da un beso, con respeto y cariño, el beso primero de aquella, y de todas las jornadas... y se dirige al comedor.

Desayuna.

Vuelve a sus padres, para despedirse de ellos hasta mediodía, y sale de casa en dirección al colegio.

Narcisín va al colegio contento y animoso, no como otros niños que parece que los llevan al sacrificio. No se detiene en la calle, no se distrae con nada, no se para con nadie; y entra en el colegio con la misma alegría que suelen mostrar los otros al salir.

En el colegio y en su casa

Como la noche anterior y aquella misma mañana estudió sus lecciones, Narcisín se sienta a su pupitre completamente tranquilo.

Hay que ver la cara de miedo que ponen, por lo común, sus compañeros de clase. Temen que el profesor les pregunte y llevan ya preparada una excusa; pero eso no les evita el mal rato que pasan.

Si nombran a Narcisín, para preguntarle la lección, el muchacho se levanta en seguida, y contesta con desenvoltura. Los otros niños, por lo general, cuando se les nombra para eso, se levantan poco a poco, temblorosos, como si fueran a imponerles un castigo.

Durante el resto de la clase, Narcisín guarda siempre la debida

compostura. Sabe el respeto que debe al profesor, y por nada del mundo le faltaría...

Le molesta, además, que los de su alrededor no se porten bien. Cuando uno se burla del profesor, o hace alguna cosa incorrecta, Narcisín no le delata (porque el delatar es muy feo), sino que, apenas puede hablar con él, le reprende; y a veces consigue que se corrija.

Pero de todo el silencio y compostura que guarda en las horas de clase, recóbrase luego en el recreo. Narcisín, durante los descansos en el patio del colegio no para un instante: corre, salta, canta, juega, ríe mucho, va de un lado para otro, bromea con todos, habla por los codos...

Y al volver a la clase, el Narcisín alborotado y como descompuesto, vuelve a ser el niño juicioso, a quien el profesor acaricia con la mirada.

De regreso en su casa, se sienta a la mesa, junto a los padres, y es entonces una mezcla de niño charlatán y de niño modosito. Hace continuas preguntas a su mamá y a su papá, y contesta cuantas se le dirigen; sabe sostener una conversación con los padres y no interrumpir la de ellos cuando hablan de cosas que a Narcisín no deben interesarle.

Además ha aprendido a comer; sabe manejar el tenedor y el cuchillo, no sorbe la sopa, ni pone los labios en la copa sin limpiárselos antes y después de beber, ni pone los codos sobre la mesa, ni habla a gritos, como los niños mal educados.

La tarde transcurre para él en el colegio, como la mañana; y de vuelta otra vez en casa, después de cenar con sus papás, se retira a su cuarto, en donde se pone a estudiar las lecciones del día siguiente. Sabe también que esa hora es propicia para el estudio por aquello de «lección dormida, lección aprendida», y la aprovecha.

Cuando le rinde el sueño, se desnuda y se acuesta. Dirige el último pensamiento del día a sus padres, y la oración de la noche a Dios, dándole gracias por haberle dejado pasar bien el día... Y se duerme como un bendito hasta la mañana siguiente.

Lo que hace Narcisín en los días festivos:

La misa y el paseo matinal

Sabe Narcisín — por habérselo enseñado así sus papás, que son religiosos — que no bastan la oración de la noche y la de la mañana para agradar a Dios, sino que es también preciso cumplir con los preceptos de la Iglesia.

Y como uno de ellos es santificar las fiestas, oyendo misa, Narcisín va con su papá todos los domingos y fiestas de precepto.

Da gusto verle en el templo, junto a su padre, tan formalito, tan modoso, persignándose, arrodillándose y levantándose a su tiempo.

No se distrae con cualquier cosa como algunos niños; y si en el púlpito hay algún sacerdote predicando o leyendo un libro piadoso, Narcisín no pierde una sílaba de cuanto dice.

Cuando terminada la misa, hijo y padre salen de la iglesia, Narcisín gusta de socorrer a alguno de los mendigos que hay a la puerta. Prefiere siempre a los ciegos, pues considera que perder la vista es la des-

gracia más grande que puede sucederle a un ser humano; y, por lo general, hace la limosna con dinero economizado de sus golosinas.

Luego, suele dar con su padre un largo paseo. Y de vuelta a casa, le recuerda la costumbre de comprar unas flores para mamá, que tanto le gustan y tanto las agradece.

De sobremesa

Terminada la comida, quédanse todos un rato de sobremesa. Ese día, se le permite a Narcisín tomar café, que le gusta mucho, pero que nunca se propasa a pedirlo en los restantes días de la semana, no ya porque sabe que no iban a dárselo, sino porque comprende que el café es un excitante y perjudica, por lo tanto, al sistema nervioso, en particular al de los niños.

Y de sobremesa, la familia traza un plan para la tarde.

—Narcisín — dice su papá como para probarle—, hemos decidido quedarnos esta tarde en casa.

—Bueno, papá. Yo, en no separándome de vosotros, estoy ya contento. Me contarás una de esas historias tan bonitas que sabes...

—No, querido.

—¿Por qué no, papá?

—Porque va a ser mejor que te encierres en tu cuarto y estudies...

Narcisín se queda un instante perplejo, como si dudara de la intención de su padre. Pero le ve completamente serio, y dice en seguida:

—Como quieras, papá. Yo tengo que obedecerte siempre...

Y se corrige al punto:

—Yo quiero obedecerte siempre.

—No, bobalicón. Ahora mismo salimos a la calle.

Por la tarde

Y la tarde se pasa con arreglo a las condiciones del tiempo. Si éste es lluvioso o frío, que invita a ponerse bajo techo, Narcisín va con sus padres al teatro, o al cine, o al circo, que es su distracción favorita.

Pero si la tarde es radiante, si luce un sol espléndido en invierno o hay una temperatura agradable en verano, entonces la familia prefiere al aire viciado de los locales cerrados el puro y vivificador del campo, de la montaña o de la playa.

Y nunca protesta, ni refunfuña Narcisín; siempre va contento a todas partes. Como tenga deseos de ir al cinematógrafo y sus padres dispongan que se pase la tarde de paseo, Narcisín es feliz paseando... Y aunque quiera pasear, o jugar al fútbol con los otros niños, a presencia de sus padres, como éstos decidan ir al teatro, Narcisín acepta siempre de buen humor.

Por eso le quieren mucho sus padres, y hablan de él por doquiera con verdadero orgullo. ¡Qué diferencia entre Narcisín y esos niños mal educados e irrespetuosos, que se emperran en una cosa, y lloran y patalean hasta que se salen con la suya...!

Días señalados durante el año:

El de Reyes

Niños queridos: ¡con qué ilusión esperáis ese día, que corona vuestros deseos y vuestras ilusiones!...

Pasan los Reyes: Melchor, Gaspar y Baltasar. Van cargados de juguetes y de golosinas, y en una de las alforjas de sus camellos lle-

Pasan los Reyes : Melchor, Gaspar y Baltasar. Van cargados de juguetes y de golosinas... (Pág. 9.)

van un libro grande con las señas de millares de niños y las peticiones que les hicieron:

—Queridos Reyes: yo quiero un tambor y unos soldaditos...

—Yo un mecano...

—Yo una lotería...

—Yo un caballo muy alto...

—Yo una pelota de fútbol...

—Yo un libro de cuentos...

Y así todos los niños; y así todos los años. Y los Reyes Magos, que tienen mucha paciencia y leen muy de prisa, en pocas horas lo hacen todo: enterarse de las cartas, cargar sus camellos, y recorrer las calles de las ciudades, asomándose a cada ventana y a cada balcón donde hay unos zapatos...

Pero Melchor, Gaspar y Baltasar son muy listos, y como saben la historia de cada niño y si durante el año fueron buenos o malos, ponen solamente en los zapatos lo que sus dueños se merezcan...

¡Y hasta el año siguiente!

El santo de papá

Quered a papá todos los días del año mientras viva, y recordadle después de muerto también todos los días.

Pero queredle más el día de su santo; que esa jornada sea señalada para vosotros; que en su fiesta onomástica tengáis para él la emoción más pura, el cariño más grande, el beso más fuerte...

¡Qué bueno es papá! Desde antes de venir vosotros a la vida, ya está trabajando para vosotros: ya ha formado con mamá su nido, su hogar, en el que uno y otra os esperan con la mayor de las ilusiones y el más feliz de los deseos.

Y cuando habéis nacido, ¡qué alegría tiene vuestro padre! El mundo le parece pequeño para él; y se propone conquistarlo para su hijo. Mientras vosotros vais creciendo, él trabaja; mientras aprendéis las primeras letras, él trabaja; mientras formáis vuestro porvenir, aprendiendo una carrera o un oficio, él trabaja; un día y otro, año tras año, que llueva, que nieve, que abrase el sol, que esté enfermo o sano, que sea viejo o joven... él trabaja. Y es para sus hijos para quienes trabaja.

¿Comprendéis su cariño, su abnegación, su bondad?... Pues, ¿qué menos podéis hacer que darle ese día el beso más fuerte?...

¡Y ojalá que nunca el olvido y la ingratitud borren la huella de ese beso!

Día en que se visita el hospital o la cárcel

Hay días en el año que son señalados por la emoción que nos produjeron y el recuerdo que dejaron en nuestra alma. Por ejemplo, el día en que por vez primera visitamos el hospital o la cárcel.

¡Qué triste es asomarse a esas mansiones del dolor: el hospital, donde la carne sufre; la cárcel, en donde el cuerpo está preso!

No todo es alegría en el mundo, ni todo juego, ni todo claridad de sol... Hay enfermos, hay pobres seres arrastrados por su codicia o por sus malas pasiones al delito y al crimen. Y unos y otros son también dignos de lástima...

El enfermo lo es por su sufrimiento, por haber perdido la salud, que es el don más inestimable del hombre; y el preso lo es por estar arrepentido ya de lo que cometiera, y verse privado, sin embargo, de la libertad, que es tan estimada y necesaria como la propia vida.

«Odia el delito y compadece al delincuente», dice sobre la puerta de algunas cárceles. Y eso debéis hacer: no cometer delito alguno, pero no sentir tampoco odio ni aversión por quien lo cometiera, sino compadecerle y llevarle vuestro socorro o el consuelo de vuestra visita... Visitar al enfermo y consolar al triste son obras de misericordia.

La jura de la bandera

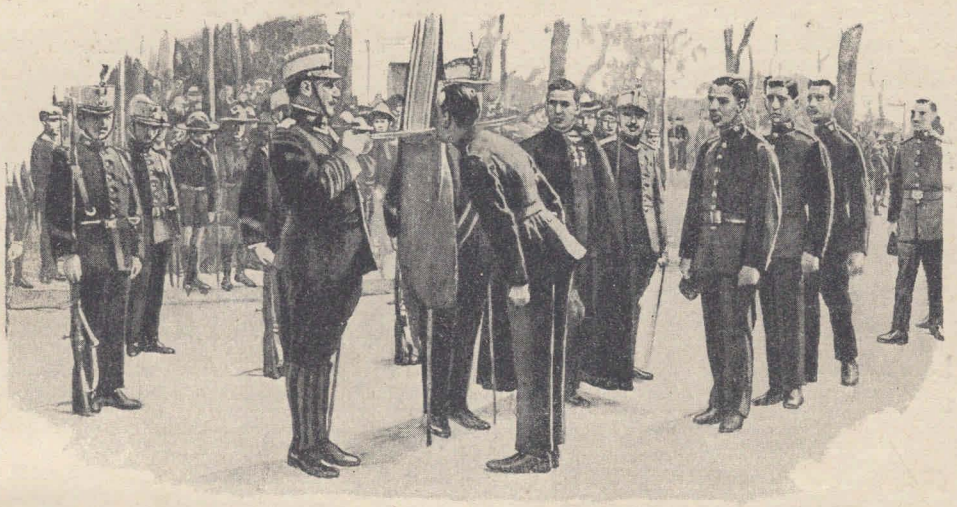
Día de bullicio, de ruido, de alegría y algazara.

Desfilan por las calles soldados y más soldados, con sus uniformes, iguales y limpios, con sus armas brillantes, con su música.

En una gran plaza, o al final de un largo paseo, levántase como una tribuna, llena de ramaje y de banderolas y erizada de bayonetas: en ella un sacerdote dice la misa de campaña.

En el momento solemne de alzar la Sagrada Forma, la campanilla de la iglesia se ve substituída por un toque de corneta, que vibra, tembloroso, en el aire... Todos los soldados hincan al mismo tiempo su rodilla en tierra, mientras suenan, ruidosas y solemnes, las primeras notas de la marcha real.

Día brillantísimo; día de alegría y de entusiasmo; día de grata emoción para los reclutas, que en una larga hilera interminable van desfilando para besar la espada y la bandera, jurando por la una y por la otra. por su honor de patriotas y su corazón de hombres que de-



...van desfilando para besar la espada y la bandera... (Pág. 12.)

fenderán a la Patria en la paz y en la guerra, y que por ella han de hacer sacrificio de su sangre y holocausto de su vida...

Y esos buenos jóvenes soldados son a su vez besados por el sol y por la mirada de todos los hombres, y por la sonrisa de todas las mujeres.

La fiesta de la Flor

¡Si vierais con qué ilusión espera ese día Paquita!... Se levanta muy temprano, se coloca el mejor de sus vestidos y acude en seguida con sus amiguitas a la mesa a que pertenece; allí la proveen de un cestito con pequeñas flores de trapo y una especie de hucha para las monedas.

Y ya no es la Paquita más bien tímida y humilde de los otros días, sino una Paquita nueva, despierta, avispada, vivaracha, que va sin tregua ni reposo de un lado a otro, colocando a todo el mundo, hombre o mujer, sobre el pecho o en la solapa, una florecita.

Ella sabe muy bien que esa florecita se convierte en una o varias monedas, que algo de felicidad y de alegría han de llevar a los pobres tuberculosos, a los enfermos del pecho que acaso no curen jamás.

¡Delicada fiesta la fiesta de la flor! Por eso justamente: por serlo de flores... y de mujeres, que son también como flores. ¿No lo parece acaso Paquita, con su vestido vaporoso, como hecho de pétalos, con sus piececitos en continuo movimiento de aquí para allá, como si fueran los trémulos pistilos de una corola invertida?...

Es feliz ese día pidiendo limosna para los demás; porque la pide a

cambio de una flor; y la limosna cae como avergonzada en el fondo de la hucha, mientras la flor, en el pecho o en la solapa, va luciendo por todas partes su luminosa claridad.

El día de nuestro cumpleaños

Nuestro día de cumpleaños: ¡un año más en nuestra vida!...

¿Verdad que esperáis su llegada con afán? ¿verdad que quisierais que el tiempo corriese y corriese, a compás de vuestros deseos?

Pero el tiempo no os hace caso. El tiempo es como un reloj rebelde, que, pidiéndole que fuese muy de prisa fuera muy despacio, y suplicándole que fuera muy despacio marchara muy de prisa.

De niños, creéis que el tiempo tarda mucho en pasar. — Pero, ¿cuándo llega mi cumpleaños? — decís. Y, cuando hombres, se os antojará que el tiempo corre velozmente. Diréis entonces: — Pero, ¿otra vez mi cumpleaños?

¡Fiesta grande para cada uno ese día que conmemora la fecha del nacimiento!... Vuestro papá os abraza con más efusión que de ordinario; vuestra mamá os besa más emocionada que nunca:

—¡Hijo mío! — os dicen los dos. Y en esas palabras encierran ellos todo un mundo de afanes, de inquietudes, de recuerdos y de cariño.

Y os obsequian y agasajan cuanto pueden. Es día tan señalado para ellos como para vosotros... ¡Pues dedicádselo! Prometedles que a la misma fecha del año siguiente habréis estudiado más, habréis aprendido más, y habréis sido con ellos más buenos y más respetuosos.

¡Nochebuena!...

El besugo clásico... La sopa de almendras... Los turrones... Acaso la pandereta y la zambomba... Toda la familia en torno a una mesa, al calor de una estufa, o en el ambiente caldeado por el radiador; con el brasero tradicional en los pies o cara al fuego de una chimenea...

¡Nochebuena!...

Conmemora el nacimiento del Niño Jesús en aquel pobre establo de Belén... Es la fiesta de las familias: animación, bullicio, recuerdo de otros años, mucho frío, acaso nieve, misa a media noche... La célebre misa del gallo, que se graba tan honda en nuestra memoria.

Seguramente os han obsequiado en ese día con un «nacimiento»; lo ha construído quizás vuestro papá, o lo ha comprado en un bazar cualquiera. ¡Qué felices sois con él! ¡Cómo lo contempláis!... Nada le falta: ni las colinas, ni el río que pasa bajo los puentes, ni los pastor-

de sucederles es que también de ellos huyan los demás, y se rían, y los apedreen y los maltraten.

No olvidéis que en la vida es todo correspondencia, reciprocidad: amar para ser queridos; compadecer para ser compadecidos; y para ser respetados, respetar.

Los niños aventajados:

Julín, un bebé muy listo

Tiene cinco años apenas, ¿verdad? Pues, ¿querréis creer que ya sabe hablar por teléfono? Está con frecuencia en el despacho de su papá, y cuando llaman al aparato acude él; se encarama en una silla, porque el pobrecito no llega, y pregunta con su media lengua:

—¿Quién *e*? *¿Po quén pegunta? ¿Po el señó Nande?*

Y en seguida se vuelve a su papá:

—Papá, *peguntan po* ti.

El señor Hernández, dirigiendo una mirada de cariño a Julín, va al aparato. Su interlocutor le felicita por el pequeño empleado que acaba de hablarle.

—Es mi bebé, ¡de cinco años! — dice el señor Hernández, con orgullo.

Y aun hace más Julín. Como el despacho de Correos y Telégrafos está en frente de la oficina de su papá, él va a certificar las cartas y a poner los telegramas. Primero mira a ambos lados de la calle, aventurándose a cruzarla solamente cuando no ve carruajes que se acerquen por la derecha ni por la izquierda; y en seguida se llega a la ventanilla de los telegramas, entregando y pagando el que su papá le ha escrito, o a la de los certificados, recogiendo el resguardo correspondiente. Y todos sonríen embobados, cuando le ven hacer cosas que otros niños no saben, teniendo doble o triple edad.

Ignacio, buen mecanógrafo

Ocho años tiene, y ya escribe a máquina con una velocidad de noventa kilómetros por hora. Apenas aprendió a escribir, ya gustaba sentarse a la máquina y formar trabajosamente su nombre y apellidos. Daba gloria verle el año pasado de aprendiz de mecanógrafo; su familia lo rodeaba, contemplándole ensimismada. Tardaba próximamente dos o tres minutos en encontrar cada letra...

Pero, ¿ahora? Escribe tan de prisa como un mecanógrafo de pro-

fesión, y si se le pregunta qué va a aprender después, porque todo su afán es aprender, contesta:

—A montar y desmontar la máquina.

Sus padres le miran asustados.

—Pero, Ignacito, ¿crees que vas a destripar la máquina como hacías con los juguetes cuando eras más niño?

—No se dice destripar la máquina, papá.

—Pues, ¿cómo se dice?

—«Desarmarla».

—¡Ah!

—Sí, señor; es lo primero que voy a aprender: a desarmarla y armarla luego, como es natural, o no tendría mérito; y luego aprenderé *taquigrafía*, que me ha dicho abuelito que es escribir tan de prisa como se habla. Entonces vosotros tendréis una conversación y yo al mismo tiempo la iré escribiendo.

No hay que decir que en seguida se lo comen a besos sus padres.

Tano, fotógrafo y artista cinematográfico

He aquí otro niño listo: Cayetano, o Tano, como se le llama familiarmente. Tiene once años, y ya saca fotografías, y él mismo las revela como un fotógrafo consumado.

Cierto día vió en casa de sus tíos una máquina fotográfica, y sin pedir permiso a nadie la cogió. Cuando los tíos se enteraron le reprendieron severamente, pero, al ver luego que él mismo había sacado y revelado las fotografías, sin más que ir siguiendo las instrucciones de un manual, se cambiaron las reprensiones en alabanzas. Como recuerdo y admiración por su hazaña, le regalaron la máquina, y Tano la lleva a todas partes ufanísimo, sacando fotografías cada vez más perfectas y artísticas... Y dice que, cuando sea mayor, se dedicará a la cinematografía; si puede ser artista, lo será y, si no, será operador.

Admirad a Tano e imitadle: no precisamente en tener una máquina y dedicarse al arte fotográfico, sino en ser tan listo y tener afición a una cosa determinada que le distrae, le proporciona alegrías y satisfacciones, le pone en camino de crearse una profesión, y le aparta de los vicios y de las malas compañías... Los niños debéis estar siempre ocupados en algo provechoso, algo que os distraiga de vuestros estudios u ocupaciones habituales, y que incluso el día de mañana pueda proporcionaros el pan de cada día.

Roque, el niño que aprendió un idioma

Roque es muy aficionado al estudio de las lenguas; tiene diez años y ya habla francés. Sus padres vieron en seguida la predisposición del niño para los idiomas, y le llevaron a una academia en donde lo ha aprendido prácticamente.

Dícese que «un hombre con un idioma, vale por un hombre; y un hombre con dos idiomas, por dos hombres»... Y es cierto. El idioma es lo que nos pone en comunicación con nuestros compatriotas; pues quien sepa dos idiomas, será como si tuviera dos patrias, es decir, que podrá comunicarse con sus semejantes de dos naciones distintas...

Antiguamente eran muy pocos los que sabían, no ya otro idioma, sino simplemente leer y escribir; hoy el mundo ha progresado mucho, y son incontables las personas que conocen una o varias lenguas...

Y a eso tiende Roque, porque, después de hablar el francés, quiere conocer el inglés. Cuando lo consiga podrá comunicarse con casi todo el mundo, porque el español, el francés y el inglés son los tres idiomas más extendidos y los que hablan mayor número de personas.

Y es de admirar también el entusiasmo de Roque; otro niño se pavonearía de saber francés a su edad, pero él no: pareciéndole poco, no ha de estar satisfecho hasta que sepa inglés... Niños con ese entusiasmo y ese estímulo son los que luego triunfan cuando son hombres.

Los pequeños héroes:

Carmelita (Rasgo de caridad)

Carmelita era una niña pulcra y atildada, que entusiasmaba a todos por la limpieza y aseo en sus vestidos, y el buen gusto en cuanto llevaba.

Pero de pronto, cierto día, apareció con un sombrerito ridículo y estrafalario, de forma absurda y colores chillones. Las primeras amiguitas que la vieron echáronse a reír estrepitosamente y comunicaron la noticia a las demás... Carmelita, desde aquel momento, no oía más que burlas y carcajadas a su paso. Ella, sin embargo, lo soportaba todo serenamente.

Y las amiguitas diéronse a pensar por qué aquel cambio tan repentino y brusco en su compañera... Pronto averiguaron la razón: Carmelita llevaba aquel sombrero, para ganar una apuesta. Unas mu-

chachas mayores, vecinas suyas, aseguraban que Carmelita no llevaría aquel extravagante sombrero tres días seguidos; y, si lo llevaba, le darían cinco pesetas.

Era, pues, por un duro por lo que Carmelita hacía aquello. Y continuaron las suposiciones y cábalas. ¿Para qué quería el duro Carmelita?... ¿Para golosinas? ¿Para comprarse luego un sombrero bonito? ¿Para hacer un regalo a su papá?... No, señor. Para comprarle un medicamento reconstituyente a un mendigo enfermo.

...apareció con un sombrerito ridículo y estrafalario... (Pág. 21.)

Isidrín (Rasgo de decisión)

Era en aquellos años en que por las grandes ciudades cruzaban así como ráfagas de maldad y de locura: cuando aquí y allá los anarquistas ponían bombas que, al explotar, causaban docenas de víctimas.

Isidrín, alumno del bachillerato, encontrábase un día jugando con sus compañeros en la gran plaza de frente al Instituto. Estaba radiante la mañana, llena de sol y de voces y risas infantiles; en el centro de la plaza, varios chorros de agua parecían desprenderse de una fuente monumental.

De pronto, en medio de la luz y del bullicio, una mano criminal avanzó hacia la fuente, dejando en sus inmediaciones una especie de pelota negra, y desapareciendo. Nadie vió aquella mano; nadie reparaba en la pelota trágica; y de ella salía como un cordón encendido; cuando el fuego avanzase y llegara a la pelota, que era una bomba, docenas de alumnos y de transeuntes caerían muertos o heridos...

Pero unos ojos de niño vieron el artefacto infernal: los de Isidrín; avisó a sus compañeros en seguida, y todos juntos se pusieron a dar gritos de alarma; pero la gente, en su azoramiento, se arremolinaba en torno a la bomba, y muchos se acercaban a ella en lugar de huir... Entonces, Isidrín, rápido, decidido, se fué a la pelota y pisoteó la mecha, salvando, quién sabe, cuántas vidas.

Niños distraídos:

Paquito, el "Calcetines"

¿Que por qué le llaman a Paquito sus amigos el «Calcetines»? Tiene gracia la cosa: pues porque cierto día se presentó en el colegio con un calcetín blanco y otro negro. Todos los alumnos al verle soltaron el trapo, como vulgarmente se dice, y hasta el mismo profesor, contagiado, se echó a reír también. ¡Un calcetín negro y otro blanco!...

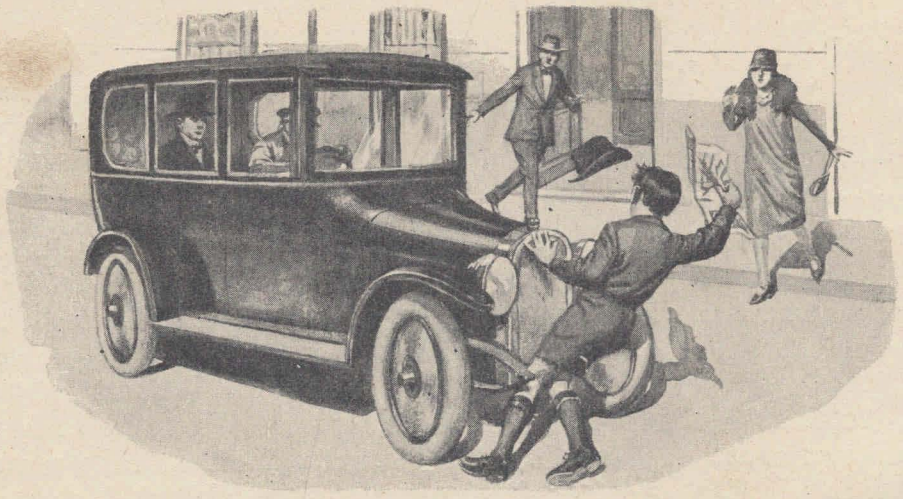
Todos sabían de las distracciones de Paquito; pero nadie se figuró que llegaran a ese extremo. Con frecuencia había sacado de la cartera un libro de cocina, en vez de la aritmética que se había dejado en casa; o bien se ponía a afilar el manguillo de la pluma en lugar del lápiz... pero lo de los calcetines no le había pasado nunca.

Del célebre Edisson se cuenta que es muy distraído y que, en cierta ocasión, saliendo del laboratorio, se dirigió a Correos con el propósito de echar unas cartas que llevaba en el bolsillo, pero al llegar ante el buzón, distraídamente, echó el lápiz y la cartera y un cuaderno de notas... En hombre tan sabio la distracción está en cierto modo justificada porque, absorto en cálculos y en ideas fijas, todo lo demás le es indiferente; pero, ¿en Paquito? ¿un niño sin nada en qué pensar? ¡Qué risa! ¡Paquito, el «Calcetines»! ¡Cualquiera le quita ya ese remoquete!...

El pobre Periquín

Periquín era muy amigo de Paquito el «Calcetines», y tanto o más distraído aún, pero la distracción tuvo para él fatales consecuencias. Lo de Paquito eran cambios de cosas, desarreglos en el vestir, equivocaciones grandes que daban risa a sus compañeros, pero lo de Periquín era más peligroso, porque iba distraído por la calle. Absorto en un pensamiento o en una idea fija, risueño y feliz cruzaba la calle sin mirar a ambos lados para cerciorarse de que no había peligro; o iba canturreando y con la mirada en el cielo, sin reparar lo que tenía a sus pies; o no miraba a su alrededor y tropezaba con los transeuntes.

En vano le avisaban sus padres y los mismos compañeros: Periquín era incorregible. Hasta que, cierto día, al cruzar de una acera a otra, iba distraído leyendo un periódico, riéndose mucho con las historietas, y de pronto, hacia la mitad del arroyo... ¡bum!, se le echó



encima un automóvil. Frenó como pudo el mecánico, pero ya el pobre Periquín estaba bajo las ruedas... ¡Qué horror para los que lo presenciaron! ¡qué inmensa pena para sus padres! ¡y qué dolores luego para el infortunado niño! Porque Periquín no murió del accidente, pero al pobrecito tuvieron que cortarle una pierna...

Acordaos de él cuando crucéis una calle, y mirad a ambos lados antes de decidiros a pasarla.

Los niños desarreglados:

"Adanes"

Los habrá entre vosotros: niños desarreglados en el vestir, desaliñados, llenos de manchas, de jirones, de «sietes»; comúnmente se les llama «adanes». Acaso lo sois vosotros mismos...

Si así fuere, corregíos en seguida; tomad por modelo a esos otros niños acicalados, pulcros, bien peinaditos siempre, sin una mancha en el traje, brillantes los zapatos.

El «adán» no puede inspirar más que lástima o risa; y, andando el tiempo, si de muchacho no se corrigió, «adán» seguirá también de hombre, lo que ha de colocarle en situación desventajosa para abrirse paso en la vida. El niño «adán» podrá inspirar lástima o risa, pero el hombre «adán» sólo produce repulsión, y todo el mundo le cierra las puertas: nadie quiere tener en su fábrica, en su taller, en su oficina o simplemente bajo su techo, un hombre sucio, abandonado, lleno de manchas...

Acostumbraos ya, desde pequeñitos, a cuidar la ropa como algo que forma parte de vosotros mismos. Cuando seáis mayores, por la ropa han de juzgaros muchas veces, y más simpatía habréis de merecer por vuestra limpieza que por vuestra elegancia; nadie está obligado a llevar trajes costosos y elegantes, pero todo el mundo lo está a llevarlos aseados y limpios; la pobreza no degrada, la suciedad, sí.

Otros desarreglos

Otros niños hay que, siendo, por ejemplo, cuidadosos y pulcros para vestir, son desarreglados en otros hábitos y costumbres de la vida: desaliñados en su habitación, en su cuarto de trabajo, o desarreglados en el comer, en el estudiar, en el divertirse...

Todo desarreglo es un trastorno. El orden es la base de todo... Cuando en una habitación imperan el desorden y la confusión, además del pésimo efecto que aquello produce al que lo ve, el dueño de la misma se disgustará muchas veces y perderá mucho tiempo; para buscar una cosa, que nunca sabrá dónde la puso, tendrá que revolver todo.

«Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa», es un viejo aforismo que debéis observar con atención. El niño ordenado y metódico todo lo tiene a mano, de todo cuanto tiene conoce el sitio y el lugar... Y a ese orden en todas las cosas habéis de acostumbraros desde niños, porque con el orden como con la limpieza os encontraréis en la vida constantemente. ¿Qué sería de un taller, de una fábrica o de una oficina en donde todas las cosas estuviesen revueltas?

Los niños que no debieron ser como fueron:

Jacinto es soberbio

Cierto día, en la ladera de un campo, sostuvieron vivo diálogo una encina y una pequeña mata del suelo. Reíase mucho de la mata la encina, alardeando de su grandeza y de la estima en que la tenían los hombres; y así hablando estaban cuando se llegó a la mata una oveja, la tronchó con sus dientes y se la comió.

—¡Qué gracioso! — exclamó la encina—. Tuvo la osadía de hablar conmigo una mata tan pequeña que se la ha comido una oveja.

Mas, a la mañana siguiente, observó la encina que en el sitio de aquella mata había otra igual: era una de esas algas que mueren fácilmente, pero se reproducen muy de prisa. Y horas después llegaron

unos hombres para cortar la encina; cuando ésta hubo sido derribada, la pequeña mata (que sabía lo ocurrido a su antecesora), le dijo:

—Ríete ahora, soberbia encina; si otra oveja viene y me devora también, mañana habrá otra mata en mi puesto; pero, ¿cuántos años tienen que pasar hasta que haya otra encina en el tuyo?

La encina, que era la soberbia, calló ante la lección que acababa de darle un alga, que era la humildad... Que Jacinto, soberbio como la encina, la aprenda también, para que no trate con desprecio y altanería a sus compañeros.

Vidal era glotón

De dos cosas alardeaba siempre Vidal: de aprenderse las lecciones antes que nadie, por lo que figuraba en la clase con el número 1, y de comer mucho, sin tasa ni medida, más que nadie también, lo que le había valido el remoquete de *Tragabuches*. Tenía la virtud de la aplicación y el pecado de la gula. Y un día...

Se celebraban los exámenes. Radiante estaba la sala con el tribunal al fondo y los bancos todos ocupados por los alumnos y sus familias. Vidal se había atracado poco antes de pasteles; y le llegó su turno... A las primeras preguntas que se le hicieron contestó cumplidamente, mientras miraba risueño a los otros alumnos; pero, de pronto, por efecto del calor o de esas emociones inevitables que preceden al examen, la enorme cantidad de pasteles ingerida un rato antes, dió señales de vida en el vientre de Vidal, acusándole un ligero dolor, que fué aumentando hasta el punto de tener que llevarse Vidal las manos a la región dolorida. Esto, como era natural, provocó la risa de todos

los presentes; ante los apuros de Vidal y sus muecas y contorsiones, los compañeros prorrumpieron en grandes carcajadas; y el tribunal creyó que aquel muchacho, que tan bien contestaba a las preguntas, estaba mofándose de ellos. Lo expulsaron de la sala y lo suspendieron.

Arturo, el holgazán

Existía mucho tiempo atrás en Inglaterra un duro castigo para los holgazanes; tratábase de un pozo en el que entraba buen chorro de agua, pero que podía sacarse al mismo tiempo, por medio de una palanca, tanta como entrara. En ese pozo se metía al holgazán, con agua hasta la cintura, y los brazos libres para trabajar en la palanca; como el agua entraba incesantemente, el castigado tenía que esforzarse en ir sacándola si no quería perecer ahogado... De este modo, el holgazán tenía que trabajar para salvar su vida.

Un pozo así necesitaría Arturo, que es el más holgazán del colegio: nunca se le ve un libro en la mano, ni inclinación ninguna por cualquier oficio o entretenimiento; su ideal es tomar el sol en el invierno y el fresco en el verano, quedándose siempre en la cama el mayor tiempo posible.

Pero no importa que esos pozos no existan actualmente. Cuando Arturo sea mayor, verá que la vida es un pozo como aquellos: hay que trabajar para vivir; ¿que no se trabaja? ¿que no se hace jugar la palanca salvadora? Pues entonces la miseria, que quiere a toda costa entrar en nuestro pozo, nos envuelve y nos mata...

Así como la holgazanería es la madre de todos los vicios y desdichas, el trabajo es la fuente de todas las riquezas.

"Polvorilla"

A Casimirín le llamaban todos «Polvorilla» porque era en extremo iracundo; cuando se enfadaba, todo lo cogía y tiraba por los aires, dando gritos y soltando puntapiés a diestro y siniestro. Y como en esos casos parecía inflamarse todo él y volar cuanto había a su alrededor, sentábale muy bien el remoquete de «Polvorilla». Pero ved la dura y graciosa lección que recibiera cierta vez:

En su propio cuarto, dormía junto a su cama una hermanita; a la cual una noche le dió por cantar, con lo que Casimirín no podía dormirse... Enfurecido, saltó de la cama para castigarla, pero se le enredó la colcha en los pies y Casimirín fué a parar a un rincón, en donde dió con la cabeza contra un trípode que sostenía cierta figura de yeso; la figura se hizo añicos; irritóse más «Polvorilla» y le tiró una almo-

hada a su hermana, con tan mala puntería, que volcó la botella del agua en la mesita de noche; al sentirse mojada la niña, comenzó a gritar; Casimirín entonces se descompuso más aún y arrancó una cortina, con tan mala fortuna, que tras la cortina se fué la barra y ésta dió contra la lámpara del techo, rompiendo la bombilla en medio de un estrépito formidable, como si fuera una explosión: acudieron los padres, los tíos, los criados, los vecinos... Resultado: Casimirín, que no quiso perder diez minutos de sueño, gracias a su iracundia, estuvo sin dormir diez días, por su excitación nerviosa, y... la paliza que le dieron.

Los niños perversos:

El que maltrata a los animales

Dice un viejo proverbio: «El que maltrata a un animal no muestra buen natural». Y es rigurosamente cierto: el niño que apalea a los perros, que persigue a los gatos, que destruye los nidos, que tira piedras a los pájaros, que mortifica a todo animal que se ponga al alcance de su mano, podéis decir que no tiene buenos sentimientos.

Los animales proporcionan al hombre una utilidad: bien recrean su oído o su vista, bien le hacen compañía, ya mueren por él, para alimentarle a él; en cualquiera de esos casos se les debe gratitud, reconocimiento, y el hostigarlos y mortificarles no puede producir al hombre o al niño más que una baja satisfacción o un estúpido capricho.

Los animales son seres que sufren físicamente lo mismo que nosotros, y que en la mayor parte de los casos no pueden defenderse; ¿no es cruel castigarlos y gozarse en sus alaridos de dolor?

Puede observarse que los países más adelantados, como Inglaterra, Francia, Estados Unidos, etc., muestran un gran afecto a los animales, en particular a los domésticos, como compañeros que son del hombre, en las alegrías y en las penas, con una gran fidelidad.

El que no respeta las flores

Si el tener afecto a los animales denota buenos sentimientos, el tenérselo a las flores revela sentimientos delicados y exquisitos...

¿Hay algo más bello que una flor? En su tallo, en sus hojas, en su corola, en sus estambres y pistilos, en sus matices y en su perfume, ¿no parece haberse reunido todas las maravillas de la Creación? Pues siendo ello así, siendo la flor lo que más amaron las mujeres, lo que

más cantaron los poetas, de lo que hicieron símbolo los pueblos de Oriente, los más artistas y sentimentales de la tierra... ¿no es una pena grande ver a un niño arrancarla tontamente de su tallo, y deshojarla luego, y pisotearla?

Niños perversos, que no respetáis las flores, que asaltáis los jardines, que troncháis las matas, que cortáis con ensañamiento la corteza de los árboles... ¿no sentís en vuestro interior una voz que os acusa, que os recrimina, que os reprende? ¿Qué mal os hizo lo que destrozáis? ¿Qué fruto sacáis de destrozarlo?... Si las plantas no mueven vuestro corazón ni hablan a vuestro espíritu, conformaos con vuestra desgracia y dejadlas; porque desgracia es, y grande, tener cerrados los sentidos a la belleza de las flores...

El que molesta a los transeuntes y escribe en las paredes

No hay vicio más feo para un niño que escribir en las paredes; denota poca educación, incultura y hasta cobardía. ¿No observasteis que los garabatos y letreros aparecen en las paredes de la noche a la mañana, como por encanto, sin que nadie sepa quién los trazó? Eso indica que la mano que los trazara sabía que obraba mal y se escondía... El escribir en las paredes revela suciedad y mal gusto.

Y otra perversidad de algunos niños es molestar a los transeuntes, o dar gritos estentóreos en la calle, o interrumpir a los que hablan, o negar a un forastero la orientación que solicita...

La calle es de todos, y a todos, por lo tanto, hay que respetar en ella: si uno nos pide una dirección y la conocemos, dársela; si un anciano o una señora se caen, levantarles; si pasa un ciego, abrirle camino, o acompañarle a cruzar la calle o la plaza para que no le atropellen los vehículos; si vemos que un niño va a ensuciar los escaparates o maltratar a los árboles, o jugar al fútbol con otros en plena calle, con molestia y peligro para los transeuntes, evitarlo.

Justo es que los niños disfruten, como todos, de la calle, pero que no la tomen por exclusivamente suya, molestando a todo el mundo.

El insolente, el jactancioso, el ladronzuelo...

¿Verdad que parece imposible que haya niños ladronzuelos? Pues los hay, sin embargo... Son niños que empiezan por quitar cosas sin importancia: una estampa, un botón, una cuerda, etc.; luego, poco a

poco, se van atreviendo ya con más: unas monedas a sus padres, un melocotón en la frutería, un libro a sus compañeros... ¡Perversa afición, de malas consecuencias incalculables! Por semejante camino, ¿quién puede decir hasta dónde llegará ese ladronzuelo? Lo más probable es que se transforme en ladrón y dé con los huesos en la cárcel.

¿Y el niño jactancioso? ¿Y el niño insolente? No tienen la perversidad del ladronzuelo, no son malos como él, pero atraen también sobre sí la aversión y la antipatía de las gentes. El jactancioso es un ser de quien todos huyen o de quien todos se burlan; el insolente, a todo el mundo irrita y molesta... El niño respondón, que replica siempre a sus padres y mayores, no se hace simpático a nadie; como tampoco el niño que se cree superior a todos y que cree bastarse a sí mismo.

Y en la vida, el secreto para triunfar, para tener comodidades y satisfacciones es hacerse uno simpático... Captaos la simpatía de las gentes y tendréis la llave de vuestro porvenir.

Los niños precoces:

Apartaos de Luis: fuma

¿Verdad que cuando fuisteis de paseo con Luis sentisteis la tentación de fumar? ¡O fumasteis acaso, picarillos!

No lo hagáis; tiempo os quedará de mayores, cuando vuestros bronquios estén robustos y el tabaco no les haga daño, cuando el bolsillo pueda permitiros ese desembolso. Pero ahora, no.

Procurad ir lo menos posible con Luis, porque fuma, y os contagiará ese vicio y otros que son como sus camaradas: la petulancia, la altanería... Y si no, observad a Luis: se cree ya un hombrecito porque fuma, pero, ¿qué mérito tiene el fumar? Coger un cigarro y hasta ha-

cerlo, llevarlo a la boca, chupar y lanzar luego el humo, ¿no está, acaso, al alcance de cualquiera? Por cosas mayores ha de creerse Luis hombrecito, y lo mismo vosotros: por adelantar en los estudios, por poneros pronto en disposición de ganar dinero, por tener conocimientos generales de todo, por discurrir en todo serenamente; pero, ¿por fumar?

Si queréis presumir de hombrecitos, copiad a los hombres en lo bueno, no en lo malo; y no toméis jamás a Luis como modelo, porque la verdad es esta: que Luis se pavonea con que fuma, pero cuando lo hace... ¡él no sabe lo feo que se pone!...

Apartaos de Juan: bebe

En algunos casos, el vino es un tónico excelente; pero se ha de tomar en pequeñas cantidades y siempre durante las comidas. Juan lo toma a todas horas, se escapa de sus compañeros cuando no puede arrastrarlos, y va a las tabernas...

¡Qué horror! ¡qué asco!... ¿No visteis nunca embriagado a Juan? Lo está con frecuencia... Cuando el vino se bebe con el estómago vacío, o bien se ingiere en cantidad excesiva, sus vapores suben al cerebro y lo anublan: entonces se pierde la razón, la facultad de pensar, se amontonan y confunden las ideas, y el hombre ofrece el espectáculo lamentable que tantas veces habréis visto en Juan.

Apartaos de él; si en un hombre es feo embriagarse, ¿qué será en un niño? El niño ha de ser gozo todo él, contento, alegría, risa. Y el borracho, como Juan, cuando se harta de decir barbaridades, se queda triste y apesadumbrado, con un gran peso en la cabeza, como si la llevase llena de plomo. Y en ese estado, sólo inspira risa a todo el mundo. ¡Qué triste es producir solamente risa a los demás!

Habéis de procurar inspirar siempre envidia a todo el mundo, no risa, ni lástima, ni compasión, ni asco, ni todas esas cosas que inspira Juan: apartaos de él.

Apartaos de Daniel: blasfema

Todo el mundo conoce a Daniel y le señala con el dedo, porque en la conversación mezcla a menudo palabras groseras, interjecciones de mal gusto y blasfemias.

La buena educación de un hombre, y más todavía de un niño, se demuestra en el lenguaje, en no emplear nunca palabras que puedan ofender a los demás ni degradar a uno mismo... Pero la blasfemia no es solamente falta contra la buena educación, sino pecado; blasfemar es insultar a Dios, rebelarse contra El, a quien el hombre debe todo, y

el que blasfema produce el efecto de un inconsciente, de un loco que estuviera siempre maldiciendo a su padre, burlándose y renegando de él. Ofensa es, pues, la blasfemia contra el Padre de todos, que es Dios.

Claro que Daniel blasfema y dice las palabrotas muchas veces porque sí, sin darse él mismo cuenta, porque «eso hace hombre»; lo cual es muy triste y lamentable en un niño. Si la boca del hombre se deforma y se mancha con las interjecciones soeces y las blasfemias, ¿qué no será la boca de un niño, que ha de ser toda pureza y candor?

Apartaos de Daniel como de un niño a quien le huela mal la boca por falta de limpieza... La blasfemia es pecado, y el pecado es como el mal olor de las almas.

Apartaos de Felipe: ha alzado la mano contra su madre

¿Queréis mayor maldad que la de Felipe? ¡Alzar la mano contra su madre!... ¡Desgraciado! pero, ¿qué hará ese niño cuando llegue a hombre, cuando se haya trazado su vida y tenga su casa y un día acuda la madre a él para decirle: «Hijo mío, no puedo ya ganarme el sustento; ¿quieres tenerme a tu lado?...» ¡Si ya de niño alzó la mano contra ella, entonces la rechazará, y como la pobre mujer insista, llegará hasta maltratarla!

¡Una madre...! No sabe ese desdichado lo que es una madre. Hay que perderla, o estar mucho tiempo lejos de ella, para comprenderlo. ¿Y seremos ingratos con nuestra madre, a quien debemos el ser, y las primeras caricias, y todo cuanto somos y tenemos?

¡Una madre...! Lo que, al perderse, no se encuentra nunca; lo que no se cambia ni substituye; lo que más nos envidia el que no la tiene... El único ser que nos quiere bien, sin egoísmo ni hipocresía; que nos quiere porque en nosotros puso toda su vida, y nada es para ella la vida sin nosotros. La pobre cuenta ya con nuestra ingratitud, con nuestra rebeldía, con nuestro olvido, pero no le importa: sigue queriéndonos a pesar de todo, desde la mirada primera, de alegría, que pone en nosotros al nacer, hasta la última y dolorida mirada que nos dirige en su lecho de muerte... ¡Una madre!...

¿Y Felipe ha alzado la mano contra la suya? ¡¡Aborrecedle!!

Los niños desgraciados:

El huérfano

La desgracia mayor que puede acaecerle a un niño es perder a sus padres. ¿A quién no dió pena ver a un huerfanito, con sus ropas negras y su carita triste?...

El niño huérfano está a merced de los demás: ayudadle cuanto podáis, para hacerle más llevadera su desgracia... Si es pobre, prestadle vuestros libros, partid con él vuestra merienda, admitidle en vuestra compañía, en vuestros juegos, en vuestras diversiones. El sabrá agradecéroslo, porque no teniendo, quizás, otro cariño que el vuestro en el mundo, grabado ha de llevarlo siempre en el alma.

Habéis de procurar aprender a conmoveros con la desgracia ajena, y a procurar remediarla en la medida de vuestras fuerzas. Consolar al triste es una de las obras de misericordia: por eso habéis de consolar y animar al huerfanito, que lleva consigo la mayor de las tristezas.

Quered mucho a vuestros padres, pero no os olvidéis de los pobres huérfanos que no tienen vuestra suerte. De ese modo, si un día Dios os arrebata vuestros padres, quedando a vuestra vez huerfanitos, mereceréis el consuelo y la ayuda que los otros huérfanos os hayan merecido... ¡Pedid a Dios que conserve la vida de vuestros padres!

El impedido

Ved ese otro niño, que anda con muletas, que lleva los pies arrastrando o colgantes: es un baldado, un impedido.

Tal vez no cure nunca; ¿os dais cuenta de lo terrible que ha de ser para él esa palabra «nunca»? Procurad, pues, ayudarle en todo, si os preciáis de tener

buen corazón; y distraedle, animadle, que ría mucho con vosotros, que no se dé cuenta de esos miembros muertos que tiene que llevar a todas partes.

Y procurad con ése, como con todos los desgraciados, que vuestro consuelo no sea lacrimoso, sino confortador... Haced ver al pobre impedido que la vida le tiene guardadas muchas satisfacciones, que Dios no le abandona y que él debe ayudarse a sí mismo. ¿Tiene muertos los pies? Bien; pero tiene vivas y ágiles las manos, serena y despejada la cabeza: puede estudiar, puede aprender un arte o un oficio.

Si el impedido es pobre, inculcadle sobre todo hábitos de trabajo; que aprenda a ganarse el sustento con la parte buena y hábil de su organismo; que no sea holgazán, que no se apoltrone, que no se acobarde; que no haga como tantos y tantos impedidos, que creen que su única profesión es la de pedir limosna. Vivir de la caridad ajena es triste, y cuando puede evitarse, es humillante y vergonzoso. Por dignidad el hombre debe bastarse a sí mismo.

El niño que fué rico

Miradle: lo tuvo un día todo y hoy no tiene nada; su cuarto estaba siempre lleno de juguetes, de dulces, de cosas bonitas; era un cuarto lindo y coquetón, con un friso de muñecos en la pared, con alfombra y cortinajes, y una preciosa lámpara... Suntuoso era también el comedor de su casa, y el gabinete, y el despacho, y el salón, y la alcoba de sus padres. Pero un día desapareció todo aquello; el padre andaba triste y preocupado, la madre lloraba todo el día... De la casa empezaron a salir muebles; se descolgaron las lámparas, las cortinas, los cuadros; se levantaron las alfombras; el niño vió que de su cuarto lo sacaban todo, y quedó a solas con las paredes, con aquel friso de muñecos que parecían reírsele, burlársele... El pobrecito sintió como una angustia en el pecho, y lloró también entre los brazos de la madre.

Ayer fué rico ese niño, hoy es pobre; ayer estuvo en la opulencia, y hoy sobre él abre la miseria su garra... Compadecedle; ayudadle y consoladle también, como si fuese huérfano. Lo es, en efecto, de todas las alegrías, caprichos y satisfacciones que ha perdido.

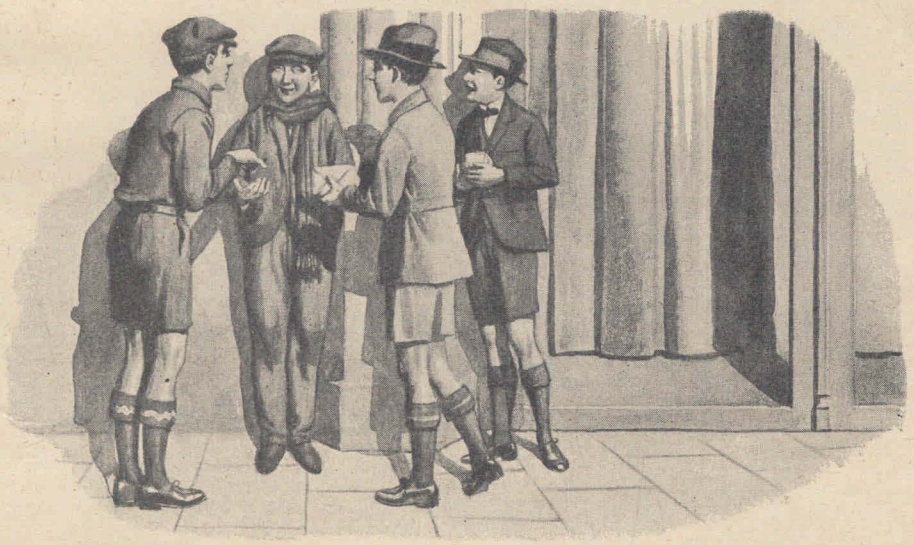
Pero, a la vez que le consoláis, dadle alientos; decidle que le quedan sus padres; que el dinero se va pero vuelve muchas veces; que acaso él con toda aquella riqueza hubiese sido luego un hombre holgazán y desgraciado, mientras que, en la pobreza, ha de curtir su espíritu, para ser un hombre de provecho, que a sí mismo se deba su vida.

El cieguecito

He aquí un episodio edificante:

Andrés era un pobre cieguecito que pedía limosna a la puerta de una iglesia. Inspiraba lástima a todo el mundo, y los niños del barrio le socorrían constantemente. Es decir, todos los niños no, porque uno de ellos, por nombre Benito, aunque debiera haberse llamado Barrabás, se reía del desgraciado, llegando hasta insultarle. Y una vez hizo más aún: llevó a cabo una acción criminal; yendo de puntillas hasta él, le quitó el platillo con las monedas y echó a correr...

La hazaña de Benito llegó a oídos de su padre, que le castigó de la



manera siguiente: De acuerdo con los criados, y mientras el perverso niño dormía, se levantó a altas horas de la noche y ordenó que se apagaran todas las luces y se cerraran herméticamente puertas y ventanas, para que en la casa reinase la obscuridad más completa. Hecho esto, el buen señor se dirigió a la cama de su hijo.

—Benito, Benitín, despierta, hijo, que es ya muy tarde.

Benito abrió los ojos en las tinieblas.

—Enciende, papá.

—¿Que encienda?

—Sí, papá: no veo nada, y tengo bien abiertos los ojos.

—¿Que no ves nada, hijo? ¡De buen humor te despiertas! Pero si está abierta de par en par la ventana, y entra un sol que es una bendición...

—¿De veras, papá?

—Sí, hijo, sí; vamos, levanta.

—¡Ay, papá!

—¿Qué tienes?

—¡Me he quedado ciego, papá! ¡Me he quedado ciego!

El padre repuso entonces muy severamente:

—Te has quedado ciego en castigo a tu maldad con el pobrecito Andrés. Tú irás también a pedir a la puerta de una iglesia, y otro tan malo como tú te quitará el platillo con las monedas y echará a correr...

No hay que decir la tremenda emoción que estas palabras produjeron en el alma de Benito. Cuando su padre encendió la luz, el desdichado niño se echó a sus pies gimiendo y llorando, arrepentido. Había sido unos minutos ciego, había comprendido lo horrible de la desgracia del pobre Andrés, y prometió corregirse y ser el mejor de sus amigos.

Como lo fué, en efecto, desde aquel día. Ahorraba cuanto podía en golosinas y en juguetes, y con ello compró un método de lectura para ciegos, con el que enseñó a leer a Andrés, proporcionándole así una fuente de satisfacciones y alegrías.

Niños célebres a través de los tiempos:

La guerra: El niño Enrique de Turena

El castillo de Sedán (Francia). Año 1620. Mientras el ejército se agazapa en las murallas esperando al enemigo en una noche interminable de nieve y de sombra, junto a la chimenea, en el castillo, el niño Enrique de Turena, hijo del príncipe de Sedán, se hace referir por su preceptor hazañas de guerra. Entusiasmado por lo que oye contar de cien héroes, se escapa en el primer momento oportuno, y sale al campo de batalla. Prodúcese un gran revuelo en todas partes. ¿A dónde podrá ir y qué podrá hacer un niño de nueve años? Los padres, el preceptor,

los capitanes, los soldados, todos búscanle con afán, sin encontrarle.

Por fin, en las primeras horas de la madrugada, se le halla dormido en la dura cureña de un cañón.

—¿Qué haces aquí? — le pregunta el duque, su padre.

Y el niño contesta:

—¡Esperaba la orden de disparar contra el enemigo, mi general!

El Mariscal Turena

Aquel resuelto niño fué en la vida y es en la historia el mariscal Turena: guerrero primeramente al servicio de Holanda y luego al de Francia, héroe de las campañas del Piamonte y del Rosellón, defensor del joven rey Luis XIV y brazo derecho de Francia en su época; hasta que murió destrozado por una bala de cañón el 27 de julio de 1675.

La sabiduría: Juan Pico de la Mirándola

Había en Italia, en el siglo xv, dos ilustres familias rivales, los Mirándola y los Bonacossi, que llevaban largos años combatiéndose con saña, sin lograr ninguna de ellas una franca victoria sobre la otra. Un día, por fin, triunfaron los Bonacossi, que arrebataron todas las tierras y confiscaron todos los bienes de los Mirándola, desterrándoles y prohibiéndoles volver a Módena, su patria, bajo pena de muerte.

Los condes de Mirándola tenían tres hijos, dos apasionados por las armas y por la guerra, y el menor — de diez años—, poeta ya ilustre, conocedor de varios idiomas y versado en todas las ciencias. Sus padres se burlaban de él y sus hermanos le injuriaban con frecuencia, viéndole entregado al estudio, en vez de planear venganzas con ellos y de sentir el afán de volver a la pelea, para reconquistar todo lo perdido.

Pero una vez, tres años más tarde... La ciudad de Módena estaba llena de gente llegada de todas las naciones; iba a celebrarse un certamen de sabiduría; el profesor Lulle, el hombre de mayor talento en Europa, retaba a los más grandes sabios a discutir con él. Y he aquí que, ante el asombro de todos, acepta el reto un niño de trece años. Se inicia la discusión, y ante el estupor de los presentes, el niño vence al anciano. Piden todos su nombre, y al saberse que es Juan Pico de la Mirándola, el pueblo entero solicita el perdón de los desterrados y la devolución de sus bienes. De esta suerte la familia de los Mirándola recobró por la sabiduría del menor de sus miembros, lo que el conde y sus otros hijos querían reconquistar por las armas.

Juan Pico de la Mirándola fué el hombre más ilustre y sabio de su tiempo, muriendo a la temprana edad de 31 años.

La ciencia y la política: Benjamín Franklin

En el primer cuarto del siglo XVIII había, cierta noche, en lo alto de una colina que dominaba la ciudad de Filadelfia, un muchacho triste, pensativo y solo. Pensaba, sin duda, en su corto y ya azaroso pasado: el rudo trabajo removiendo la grasa en las calderas de la fábrica de velas de su padre, el tiempo transcurrido luego en la imprenta de su hermano, los cuentos de mar, escritos por él mismo en verso para los marineros, la fuga de la casa paterna a Nueva York, para acabar en una gran imprenta de Filadelfia...

De pronto se desgaja de las nubes—arremolinadas en tempestad—un rayo, que cae sobre una casa y la incendia. Acude el muchacho a presenciar las llamas, en unión de numerosísimos vecinos, que nada pueden contra aquel fuego voraz. Todo queda reducido a cenizas.

De vuelta a su casa, el muchacho no puede dormir: piensa, medita... ¿Por qué no ha de poder el hombre dominar al rayo? ¿Por qué no atraerlo, retenerlo a lo largo de un cable y matarlo en el fondo de un pozo?... Aquella noche quedó inventado el pararrayos; el muchacho se llamaba Benjamín Franklin.

... ...

El gobernador de Filadelfia, asombrado del talento de Benjamín, lo pensionó para que estudiase en Londres, en donde se consagró a la política. Cuando, muchos años después, estalló la guerra de la independencia de los Estados Unidos, Franklin solicitó y obtuvo la ayuda de Francia y de toda Europa contra Inglaterra, logrando así la libertad de su pueblo. Norteamérica tiene dos héroes-cumbres, que libertaron a su patria: Jorge Wáshington y Benjamín Franklin.

La música: Amadeo Mozart

En la Capilla Sixtina de Roma, el año 1770, durante los solemnísimos oficios de Semana Santa. El Papa Clemente XIV, rodeado de cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes de todos los países del mundo, nobles, embajadores, artistas... El órgano lanza a los aires las notas conmovedoras, solemnes y bellísimas del *Miserere*, de Allegri, verdadera joya musical, que nunca se oyó fuera de aquella capilla, y cuyos papeles eran guardados y custodiados como un verdadero tesoro.

Pero ese día, junto al embajador de Austria, hallábase un niño que escuchaba el *Miserere* con profunda atención, y que, retirado después

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

tales progresos en ella, que su nombre figura al lado de los grandes astrónomos de su siglo, como Galileo y Kepler.

Por otra parte, su ilustración era inmensa y su cultura universal, sobresaliendo en física, en historia y en matemáticas, y siendo consultado y admirado por los más altos personajes de su siglo: Federico III de Dinamarca, la reina Cristina de Suecia, los filósofos Hobbes, Descartes y Pascal y el famoso cardenal Richelieu.

La guerra en el mar: Juan Bart

Una tarde de imponente borrasca en el mar, las gentes marineras de Dunkerque (Francia) corrían de un lado para otro con el afán de ver llegar a sus padres, a sus hermanos, a sus hijos.

Por fin, renació la tranquilidad en aquellas buenas gentes: todas las barcas habían vuelto a puerto. Pero una madre, de pronto comenzó a gemir y a llorar: la estaban enterando de que su hijo, un rapazuelo de nueve años apenas, había salido al mar horas antes, en compañía de dos grumetes holandeses, pilotando un bote; a su lado el padre, Cornelio Bart, famoso pescador corsario, permanecía impasible y sonriente, sin participar de la angustia de su esposa: tenía plena confianza en su hijo. Pero la madre, desesperada, lloraba...

Y sucedió tal como el padre había pensado: una hora después el bote de los tres muchachos apareció en el horizonte y fué acercándose poco a poco, zarandeándolo furiosamente las olas. Todo el mundo estaba consternado; los hombres temblaban, rezaban las mujeres, gemía la madre... Sólo el corsario continuaba risueño y tranquilo. Y el bote llegó a puerto; los dos grumetes holandeses estaban en su fondo, mareados, medio muertos. El pequeño Bart saltó, sonriente y tranquilo como su padre, a los brazos de éste, que le estrechó rudamente, y a los de su madre, que le llenó de besos y de lágrimas...

... ...

Juan Bart, el niño que venciera a la tempestad, heredó de su padre el odio a los ingleses, y llegó a ser jefe de la escuadra de Luis XIV; al mando de sólo seis fragatas francesas, supo derrotar y poner en fuga a treinta y dos barcos de guerra ingleses y holandeses, apoderándose de los cuatro más grandes y ricos; y a lo largo de aquella campaña marítima, le quemó al enemigo más de cien barcos, apresando trece navíos holandeses cargados de grano, desembarcando en Newcastle y asolando sus alrededores, para luego volver indemne a Dunkerque con inmenso botín.

Y en Dunkerque murió, coronado de honores y de gloria, a los 51 años de edad, el 27 de abril de 1702.

La poesía: Alejandro Pope

Hacia fines del siglo XVII, había en cierto colegio de Inglaterra un jorobadito llamado Alejandro Pope, hijo de una familia católica adicta a los Estuardo. Por su triste condición de jorobado era Pope la befa de los condiscípulos que, sin ver la exquisita ternura y grandeza de su alma, fijábanse sólo en aquella deformidad de su cuerpo.

Al estallar la revolución, el padre de Pope tuvo que retirarse a sus posesiones de Windsor, y llevóse consigo a Alejandro, contento de ir a vivir en la soledad de los bosques.

En el campo se robusteció más su espíritu, entregado por entero a la poesía: en versos bellísimos iba describiendo el pobre jorobadito la tristeza de toda su alma y la amarga memoria de sus compañeros de colegio. Hízose un gran poeta, en el seno de su familia, únicas personas que le conocían y admiraban, pero no era aquello bastante para él.

Cierto día terminó una inspirada composición, que ponía en boca de un personaje griego, y concibió la idea de recitarla en público, pero vistiendo como el personaje, es decir, igual que si interpretara un papel clásico... Se preparó todo al efecto, porque ningún capricho ni deseo dejaba de satisfacerle su padre; se le hizo un traje de guerrero, que ocultaba casi por completo su figura, haciéndola esbelta y gentil, se levantó un teatro en los jardines, se invitó a todas las amistades y a los antiguos compañeros de colegio, que llegaron de todas partes; y comenzó la representación sin que nadie supiera quién era el intérprete.

Y fué tan grande la emoción que Alejandro supo despertar en su auditorio, que atronadores y unánimes aplausos llenaron el bosque. Quisieron luego todos conocer al recitador y pidieron su nombre; entonces Pope se presentó en traje habitual, diciendo tristemente: «¡Ved

a quien habéis aplaudido: al jorobadito!» Pero otra ovación acalló sus palabras y enjugó las lágrimas de sus ojos: «¡No, no! — gritaron sus antiguos compañeros de colegio—; ¡no eres lo que dices: eres un gran poeta!»

Con las sublimidades de la poesía supo aquel joven delicado y exquisito elevarse por encima de todos, y trocar en admiración y estima las antiguas burlas... Su carrera de poeta fué triunfal.

Las ciencias naturales: Carlos Linneo

Las plantas, con sus mil colores y formas, parecen tener también su lenguaje: hablan al alma de quien las siente, de quien las comprende, de quien las admira... Así hablaron, en el siglo XVIII, a cierto niño — Carlos Linneo — que estaba destinado a ser el más grande botánico del mundo.

El padre de Carlos Linneo era pastor protestante y obstinábase en que su hijo también lo fuera; pero el muchacho apartaba su atención del latín para consagrarla a la busca de plantas por los frondosos y a veces nevados bosques de Roeshult (Suecia). Desesperado su padre porque no lograba torcer su vocación por las plantas, lo encerró en un colegio, de donde Carlos se escapó un día para ir en busca de sus amiguitas, perdiéndose en la nieve; a consecuencia de eso, el padre renegó de él, confiándoselo a un zapatero para que le enseñase el oficio. Carlos siguió con su pasión por las plantas, trabajando de día en el taller, estudiando de noche y aprovechando las horas del amanecer y los días festivos para ir en busca de plantas. Semejante esfuerzo quebrantó su salud, pero el médico que le asistió en la enfermedad, asombrado de su labor científica, se interesó por él y le costeó la continuación de sus estudios en la Universidad de Lund.

Unos años más tarde, Carlos Linneo era en ella profesor, y, consagrándose ya con entera libertad a sus queridas plantas, viajó en su busca por Laponia, Finlandia y las Islas Aland, en donde hizo un acabadísimo estudio de toda la vegetación; y visitó después las principales capitales de Europa, dando conferencias y publicando libros que elevaron su nombre al pináculo de la fama... Pero no fué el ruidoso momento de las glorias y de los honores el más feliz de su vida, sino aquel otro momento tierno y callado... en que volvió a los brazos de su padre.

La ciencia aplicada: Tomás Alva Edisson

¿Quién no ha oído hablar de Edisson, el mago americano de la Física, el inventor del fonógrafo? El fonógrafo es la voz que se guarda, la voz que se conserva... Quiso el hombre guardar sus pensamientos e inventó la escritura; y guardar su imagen o la de las cosas, e inventó la fotografía (escritura de la luz); y guardar la voz, e inventó la fonografía (escritura del sonido), y el *fonógrafo*, aparato en que el sonido queda escrito y en el que luego se reproduce.

Este fué el invento más asombroso del siglo pasado, y su creador, Tomás Alva Edisson, norteamericano — que vive todavía, y hay que rogar a Dios le conserve aún muchos años—, no ha cesado nunca de estudiar ni de producir; puede decirse que a él se deben también la luz eléctrica y el cinematógrafo. Ha consagrado siempre su esfuerzo, desde hace más de sesenta años, a aplicar la ciencia, es decir, a sacar de ella adelantos positivos y prácticos que mejoren el bienestar de la humanidad... Hace mucho tiempo se formó en los Estados Unidos una poderosa compañía para facilitar al sabio todo cuanto pidiera y para explotar sus inventos; éstos salen incesantemente de sus manos, pues Edisson pasa el día en el laboratorio, al que acude en hora muy temprana, al frente de cientos de ayudantes y empleados.

La niñez de Edisson fué azarosa; hijo de una humildísima lavandera, tuvo que dedicarse, para ganar el pan de cada día, a los más bajos menesteres. Su recreo favorito era la lectura; leía todo cuanto se ponía al alcance de su mano, y de oficio en oficio llegó al de vendedor de periódicos... Viajero en uno de esos trenes de Norteamérica que recorren miles de kilómetros, iba dedicado en un furgón a redactar, componer y tirar, él solo todo, un pequeño periódico, que por su misma mano tenía que vender luego en las estaciones; pero un día fué despedido de allí violentamente porque, alternando sus quehaceres de impresor con las experiencias de física, por cuya ciencia sentía verdadera locura, provocó un incendio que devoró el furgón.

Pero Edisson tenía la virtud de la tenacidad y triunfó. Hoy le tiene el mundo como el más formidable brujo de la ciencia.

La pintura: Felipe Lippi

El genio de la pintura italiana en el siglo xv se llamó Masaccio. Mientras pintaba los tormentos de los condenados en el convento del Carmen, de Florencia, la muchedumbre, ávida, estrujada, rugiente,

llenaba la capilla contemplándole; y el artista seguía pintando el fresco.

No lejos del insigne pintor, y en un rincón del andamiaje, veíase a un humilde novicio del convento, casi niño aún, que contemplaba absorto el trabajo del maestro. Aquel niño se llamaba Felipe Lippi, y algunos días más tarde asombró a la comunidad entera y al mismo Masaccio, cuando vieron que había copiado fielmente el fresco de los condenados en una hoja de papel.

Los monjes protegieron a Lippi, que, andando el tiempo, después de abandonar el convento y de correr una serie de aventuras en Africa y en casi toda Italia, volvió a Florencia en donde pintó su obra maestra *La coronación de la Virgen*. Aquél fué el principio de su fama, porque Cosme de Médicis lo tomó bajo su protección, y en aquella época los príncipes de la sangre hacían príncipes de sus artistas protegidos.

Pero ni en los días de más tumultuosa gloria, cuando le aclamaban las muchedumbres de Florencia, de Spoleto, de Nápoles y de Padua, olvidábase de su tierna infancia, cuando el padre se obstinaba en hacerle guardar rebaños, y él dibujaba en la arena, en las piedras blandas, en las paredes del aprisco, con un solo pensamiento y una sola ambición: el llegar a poseer una hoja de papel y una caja de pinturas... Por eso guardaba una gratitud infinita hacia los frailes del convento del Carmen, que le dieron tan preciadísimo tesoro.

La Historia del Arte: Juan Joaquín Winckelmann

El famoso autor de la *Historia del Arte*, la obra más completa en su género que se ha escrito en el mundo, era hijo de un humilde zapatero de Steindhall (Alemania). Su padre, viendo la afición que Juan Joaquín sentía por los libros, le estimuló a estudiar, gastando en ellos y en dibujos sus modestos ahorros, que se agotaron por completo para atender una enfermedad del buen zapatero, y desde entonces empezó a enseñorearse de aquella pobre casa la miseria.

Más bien que casa era la suya una especie de garita adosada al muro de un colegio para niños ricos. Por encima de la tapia le echaban los alumnos sus zapatos al viejo para que los remendara, y alguna vez le tiraban también nueces o manzanas y tal que otra piedra... Cierto día, el rector de aquel colegio se interesó por Juan Joaquín, de quien el portero le había hablado muy bien, y decidió protegerle, admitiéndole entre sus alumnos como fámulo. El muchacho se puso muy contento, pero al dejar a su padre enfermo y solo en la barraca de zapatero, sintió que se le desgarraba el corazón; aquella alta tapia los separaría hasta el domingo siguiente. Convinieron, sin embargo, en que todas las mañanas Juan Joaquín le tiraría un ramito de árbol al zapatero, a guisa de saludo, y el padre respondería con una de sus canciones.

Pero a la mañana siguiente, el padre no respondió al primer ramito ni al segundo ni al tercero: el infeliz había tenido un ataque y se veía inmovilizado en su lecho, paralítico. Fué llevado al hospital, a donde iba a verle su hijo todos los domingos; y para procurarle alguna golosina o tabaco, que era la pasión del viejo, Juan Joaquín se dedicaba en los ratos de ocio a remendar los zapatos de sus compañeros... Hasta que un día, muy adelantado ya en sus estudios, propuso a los condiscípulos excavar en unas ruinas romanas de las inmediaciones de Steindhall; todos acogieron con júbilo la idea, ayudando al pequeño investigador. El resultado de la excavación fué inmejorable; desde las ruinas llevaron en triunfo al colegio todo lo que hallaron: medallas, fragmentos de vasijas, lámparas de bronce y dos magníficas urnas cinerarias. Formaban como una procesión, como un ejército que volviese de la victoria, con Juan Joaquín a la cabeza, el cual pidió y obtuvo de sus compañeros el dar un rodeo antes de llegar al colegio y entrar en el hospital para enseñarle todas aquellas cosas a su padre...

Unos años más tarde, el nombre de Juan Joaquín Winckelmann era conocido y reverenciado en toda Europa.

La Divinidad: Jesús de Nazareth

Vive una familia humilde en la humilde aldea de Nazareth: la de José, el carpintero. María se llama la esposa, ocupada siempre en los quehaceres de la casa, y completa el cuadro un niño que ayuda a José en los trabajos de la carpintería... Todo es paz en aquella casa, todo es dulzura en los semblantes y en los corazones, suave temblor de amor en las palabras y en los pensamientos... Un rayo de sol penetra en la estancia; fuera se oye el correr de una fuente...

De pronto núblase la frente de María y de José: piensan en su hijo. ¿Qué padres dejaron de pensar en sus hijos cientos y cientos de veces?... Hay un momento de silencio, de quietud y angustia en los afanes: ¿qué será de aquel niño? Parece como si la fuente hubiera dejado de correr y el rayo de sol se hubiese disipado: ¿se cumplirán las profecías? ¡Dios de Israel! ¿harás que sea ella, la madre, la escogida por Ti, quien vea sufrir y morir a aquel hijo de sus entrañas?...

Pero el niño sigue trabajando, sin levantar la vista más que para sonreír a José, sin dejar la tarea más que para echarse en brazos de María. ¡El hijo del carpintero! se le llama en la aldea... Pero no es el hijo del carpintero, sino el Hijo de Dios; lo demostrará un día, perdiéndose del lado de sus padres en la Pascua de Jerusalén y encerrándose en el Templo a discutir con los más sabios doctores. Y los confundirá, sin haber estudiado, sin haber tenido nunca en las manos un libro, sin que nada le enseñase nadie en la tierra...

Es Dios mismo que se hizo hombre en El, para redimir y salvar a los hombres; por eso, ya de niño, es la suprema Sabiduría y la suprema Bondad y el supremo Bien... Y cuando llegue a hombre, dejará de ser Dios, para ser el supremo Dolor, y con su pasión y su muerte dar la gloria y la vida a la humanidad.

Sigue trabajando y sonriendo el niño; María y José confunden sus miradas en señal de conformidad y esperanza; cabrillea en el aposento el rayo de luz; corre fuera, saltarina, la fuente... Todo es paz y reposo en la humilde casa de Nazareth...

Niños con niños

Compañerismo

Debéis llevaros siempre bien con vuestros amiguitos.

E imitar sus virtudes y disimular sus defectos.

Quien sea bueno con sus camaradas tiene derecho a que sus camaradas sean buenos con él.

A los compañeros hay que defenderlos lealmente, ayudarles cuando se encuentren en algún apuro y favorecerles en la desgracia.

No mintáis: una mentira vuestra puede muy bien perjudicar a vuestros amiguitos.

No os riáis de ellos cuando hicieren algo que mueva a risa; así no se reirán ellos de vosotros en situaciones semejantes. Y si se ríen habrán devuelto risa por lástima y vosotros seréis mejores que ellos.

Como podáis hacer un favor a cualquier camarada, hacedlo; como podáis evitarle un pesar, evitádselo.

No desperdiciéis ocasión para hacer el bien; huíd de aquellas ocasiones en que forzosamente tengáis que hacer el mal.

Si vuestros amiguitos os aconsejan algo malo, no les atendáis. Y no digáis que os falta voluntad, porque si os aconsejasen que os arrojárais al paso de un tren, ¿lo haríais?

Los pendencieros

Hay ciertos niños amigos de discutir y de reñir, que por la cosa más insignificante alborotan y se pelean con sus camaradas: son los niños pendencieros.

Si sois uno de ellos, procurad corregiros; y si no lo sois, haced por corregir a los que lo sean.

La terquedad lleva muchas veces a la discusión y a la riña; sed tercos, pero para las cosas buenas: la aplicación, el estudio, el respeto a los superiores, el cariño a los padres...

Dícese que «de la discusión brota la luz», pero es en las cuestiones científicas. Cuando se trata de cosas banales, sin importancia, de la discusión no pueden salir más que disgustos.

No hay nada tan triste y desagradable como ver reñir a dos niños: el abofetearse, el golpearse, el rodar por el suelo hechos un solo ovillo, y dándose de puñadas, es lo más bajo y vil que pueden hacer dos ni-

ños... Acudid siempre a separarlos; y como esté en vuestra mano, castigadles; y por poco que podáis, reprendedles.

Los niños pendencieros, que no se enmiendan, llegan a hombres con los mismos hábitos, con igual carácter, y como los hombres no se agarran y se tiran al suelo como los niños, sino que se combaten con el ingenio o con la inteligencia, con razón habrán siempre de llevar las de perder.

Federico, el puntilloso

Imitad a Federico: es muy puntilloso; tiene una cantidad extraordinaria de amor propio.

Como un compañero le aventaje en algo, en ir aseado, en aprender una lección, etc., Federico se propone vencerle y le vence.

Cuando alguien le adelanta en la clase, Federico se propone tomar la «revancha», es decir, adelantarle él a su vez, y lo consigue.

Tiene voluntad y estímulo; quiere ser en todo el primero y casi siempre lo logra.

Le gusta que se le presenten dificultades para dominarlas; prefiere los problemas más arduos, las lecciones más difíciles.

Posee la virtud de la emulación, y cuando ve otro niño superior a él, en lo que fuere, no le envidia (envidian los niños que no pueden), sino que aplica su esfuerzo a superarle, o a colocarse por lo menos a su altura.

Y si lo consigue no siente orgullo (que para acabar en orgullo no tendría mérito su voluntad) sino satisfacción: respira con ese placer y ese afán de quien ha logrado subir a una cumbre...

El ama las cumbres, en el estudio y en todo; y mientras casi todos sus amiguitos las temen prefiriendo el camino llano, el ansia de Federico es subir y llegar.

Ricardito, el noble

La nobleza es la característica de Ricardito; siempre se comporta noblemente en la vida de relación con sus compañeros.

Jamás devolvió mal por mal; a quien le hizo el daño más grande, le perdonó en seguida; y como pudiera corresponderle con un favor no vaciló en hacérselo.

No es rencoroso. El rencor es una mala cualidad en los niños; quien lo siente, sentirá también deseo de venganza, lo que es un defecto muy grande.

Se vengan los malos, los que no saben perdonar porque no saben comprender, los que tienen el espíritu seco y el corazón duro.

Nunca queráis vengaros; si recibisteis un agravio cualquiera, olvidadlo en seguida; de ese modo quedaréis superiores a quien os agravió; pero si tratáis de vengaros, descenderéis a su nivel, habréis pasado a ser de su talla, de su medida, y a tener tan duro el corazón y tan seco el espíritu como él.

Y al mismo tiempo no agraviéis a nadie; evitaréis de ese modo que os guarden rencor, que os devuelvan mal por mal.

Sed nobles en todo momento, en toda ocasión, con todo el mundo. Podréis arrepentiros un día de vuestro rencor, pero no os arrepentiréis jamás de vuestra nobleza.

Se encontraron dos niños una vez...

El de la ciudad y el del campo

Paráronse en cierta ocasión, frente a frente, dos niños: uno del campo y otro de la ciudad; éste se rió de aquél, pero el campesino enarboló un palo que llevaba, dispuesto a descargarlo sobre el otro. Pero vinieron a las palabras en vez de a las manos, y entablaron el diálogo siguiente:

—¡Puah! quita allá—dijo el de la ciudad—. Los del campo sois ignorantes, y cuando venís aquí os asombráis de todo: a lo mejor os embobáis mirando una casa de siete pisos.

—Porque no las hemos visto nunca.

—Naturalmente.

—También los de la ciudad, cuando venís al campo, sois unos grandes paletos, porque os asombran las cosas más insignificantes: a menudo os reís de ver saltar a un cabrito.

—Porque nos hace mucha gracia.

—Pero a nosotros, como lo vemos todos los días, no nos hace ninguna.

—¿Quieres decir, entonces, que es mejor el campo que la ciudad?

—No, pero tampoco te tolero que digas que es mejor la ciudad que el campo.

—Nosotros tenemos calles amplias y espaciosas, tiendas, cafés, teatros...

—Y nosotros veredas en el campo más largas que vuestras calles; tiendas sin lujo ni escaparates, pero que tienen cuanto necesitamos; y un aire más puro que el de vuestros teatros y cafés...

—Pero tenéis menos adelantos.

—Y acaso más salud.

—¡Pobrecillos! ¡Si no fuera por la ciudad...!

—¿Y qué comeríais en la ciudad si no fuese por el campo?

—Porque os damos lo necesario para trabajarlo. Prueba a hacer una máquina.

—Y prueba tú a hacer una col.

—¡Qué gracioso! La col la hacen la tierra y el agua.

—Y nuestro trabajo. ¿Para qué trabajamos nosotros, más que para darte de comer?

—¿A mí? Yo no como más que carne.

—Y los animales cuya carne comes, ¿de qué se alimentaron más que de los granos y forrajes que cultivamos nosotros?

—Pues, para no deberte nada, prometo no comer ya más que pescado.

—Faltarás a tu promesa en cuanto pruebes el pan... ¿Y sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que ya no hace falta que levante mi palo contra ti; el muchacho del campo acaba de darle una paliza al de la ciudad.

Y otra vez se encontraron otros dos niños...

El aristócrata y el payaso

Había en una ciudad cierto pequeño aristócrata, hijo de duques, engreído y altanero, que a todos los niños miraba y trataba despectivamente:

—¡Pobrecitos! — solía decir con falsa compasión—, ¿cómo podrán vivir sin mis juguetes y mis comodidades?

Pero el duquesito no contaba con la lección que un día iba a re-

cibir; lección que le dió un muchachito de su edad, a quien hallara casualmente en uno de sus paseos. Aquel niño iba vestido con pulcritud, pero sin elegancia; parecía un pequeño artista...

—Oye, querido — dijo éste acercándosele—, ¿me dejas coger una pelota que ha caído dentro de tu coche?

El duquesito contestó desabridamente:

—En primer lugar, no se me alcanza por qué has de tutearme, y en segundo, no sé tampoco por qué se me ha de hacer un ruego de tan poca importancia. Dirígete a mi lacayo.

—¡Diantre!—repuso el otro—; ¡pues no gastas poco orgullo! ¿Eres hijo de príncipes?

—Lo soy de duques. Y tú eres un pobre ganapán, como si lo viera.

—¿Qué es eso de ganapán? Soy artista de circo: ¡soy payaso!

—¡Ja, ja! ¡payaso!... Vives del dinero que pagamos por entrar al circo los demás niños.

—Y acaso los demás niños, y tú entre ellos, viváis de lo que yo os hago reír; que la risa es salud y alegría y bienestar, y todo.

—¿Estás contento con tu oficio?

—Querrás decir con mi arte. ¡Contentísimo!

—Más lo estoy yo con mi palacio, mis juguetes, mis comodidades.

—No cambio tu palacio por mi barraca, ni tus alfombras por la de mi pista, ni todos tus juegos ni paseos por el momento en que me dejan aporrear el bombo; ni todos tus manjares, que comerás melindrosamente por el pedazo de pan que como muchas veces a falta de otra cosa.

—Estás loco.

—Soy feliz, lo que no te deja ser tu tristeza de niño que lo tiene todo.

—Y todo lo tengo; me sobra el pan que no puedes comer.

—Y a mí la alegría que tienes que comprar.

—Adiós... ¡payaso!

—Adiós... ¡duquesito!

Y cuatro niños en otra ocasión...

Marta y María. El futbolista y el bibliófilo

Eran dos hermanos y dos hermanas: Marta y Rafael, María y Antonio. Vivían tabique por medio, y disputaban constantemente, porque sus gustos y sus aficiones eran en absoluto distintos.

Mientras Marta era trabajadora, activa, dispuesta, y revolvía toda la casa en un dos por tres, barriendo, cosiendo, arreglando... María era quieta, callada, gustando de pasar las horas muertas en una silla, con un libro en las manos. Recordaban a aquellas dos mujeres del Evangelio, que llevaban sus mismos nombres: Marta y María.

De igual modo, los niños eran opuestos en todo: Rafael no pensaba más que en leer y estudiar; Antonio, en correr y en jugar al fútbol...

—No haces bien, María — decíale Marta—, ¿qué es eso de pasarte la vida leyendo y rezando? ¿qué es eso de no ayudar a tu madre los domingos, porque te pasas toda la mañana en la iglesia?

—Porque me gusta ilustrarme y porque soy devota — contestaba María, de mal talante—; ¿qué diremos de ti, que no vas a misa nunca por atender la casa?

Entonces terciaba la mamá de una de ellas, sentenciando:

—Las dos hacéis mal, hijas mías. Acordaos siempre de esto: Ni tanta casa que se pierda la misa, ni tanta misa que se pierda la casa...

Y terminó la discusión; mas para surgir en otro lado, entre Antonio y Rafael:

—¡Quita allá! — dícele el primero—. No hay como los ejercicios al aire libre, las excursiones, los deportes, la natación, el fútbol... Tú morirás apolillado, como esos libracos que lees.

—¡Pues mira que tú! ¡Pasarte el día dándole puntapiés a una pelota! Un día te caerás y te romperás la cabeza.

—No hay como vigorizar el cuerpo y cultivar la salud.

—No hay como cultivar la inteligencia. Si no tienes cultura, ¿de qué te servirán mañana el vigor y la fuerza?

—Y sin fuerza ni vigor, ¿de qué va a servirte mañana la cultura? Vale más el deporte que el libro.

—Vale más el libro que el deporte.

—¡Mientes!

—Me estás ofendiendo, Antonio; eres un cobarde.

—¡Vas a probar mis puños, que soy también boxeador!

Y cuando la cosa amenaza ponerse seria, interviene el papá de uno de ellos, pacificándolos y sentenciando también:

—Ni tanto mirar por la salud que se olviden los libros, ni tanto engolfarse en los libros que se olvide la salud.

El adiós a la infancia

¿Verdad que envidiasteis al compañero de colegio que os abandonó para irse al Instituto o al taller, es decir, para dejar de ser niño? Así os envidiarán también los que se queden, cuando os marchéis vosotros.

¡Qué afán el vuestro de no querer ser niños! ¡Qué ansia de entrar en la adolescencia, de llegar a hombres!

Pero así son las cosas de la vida — siempre deseamos lo que no tenemos — y no es censurable en vosotros, porque todos lo tuvieron o lo tienen, ese afán de crecer y subir...

Heos ahí un grupo de cinco niños que abandonáis el colegio el mismo día: Pedro, Jaime, Tomasín, Alberto y Juanito.

*
* *

PEDRO

Va a ingresar en la segunda enseñanza; va a cursar el bachillerato, y después una carrera. ¿Cuál? no lo sabe aún. ¿Será médico? ¿abogado? ¿arquitecto? ¿ingeniero? ¿diplomático?... ¿Qué será Pedro y qué será de él? ¿terminará con bien sus estudios? ¿logrará licenciarse y doctorarse, al final de una brillante carrera?...

No lo sabe; nadie puede saberlo. Pero él ya sueña con esa carrera, con llegar a hombre, y ser respetado y querido, y tener fama y dinero, y formar una familia, y ser feliz...

¡Bien por tus anhelos, Pedro! ¡Bien por tus ambiciones! Que la Providencia te guíe en la vida y que llegues a donde quieras llegar...

*
* *

JAIME

Se lo lleva su padre, para que le ayude en las faenas agrícolas. Va decidido y contento, porque vuelve al campo y allí asombrará a los jornaleros con las cosas aprendidas en el colegio.

...donde corríais tranquilos y felices... (Pág. 56.)

¿Conque a ayudar a tu padre, Jaime? ¿Vas a ser labrador, como tu padre y tu abuelo, como es posible que lo sean tus hijos y tus nietos?... ¡Bien por tu propósito! Tendrás sanos el cuerpo y el alma; y en tu rostro curtido por los rigores del sol y del hielo, te brillarán los ojos con un poco de recelo y otro poco de codicia; porque será tu temor que puedan engañarte, y tu afán de acumular dinero para comprar nuevos campos... Probablemente llegarás a viejo, a muy viejo quizás, porque tu vida habrá sido ordenada, metódica, sin más emociones ni sobresaltos que la pérdida de las cosechas o la muerte de los seres queridos. Fuera de eso, tu vida será: arar, sembrar, recoger y vender; y al año siguiente, vuelta a arar y a sembrar y a recoger y a vender; y al otro, lo mismo; y al otro, y al otro; y todos... Que tampoco te abandone la Providencia, Jaime; que seas muy feliz...

*
* *

TOMASÍN

Es huérfano. Unos tíos suyos lo sacan del colegio para llevárselo a América, en donde con ellos habrá de dedicarse al comercio... ¿Qué será de él? Empezará «barriendo la tienda», como suele decirse; ahora deja de ser Tomasín, para ser Tomás; andando el tiempo será el señor Tomás o don Tomás. Pero, ¿prosperará en el comercio? ¿Agrandará el negocio, multiplicando el caudal y la herencia de los tíos? ¿Será qui-

zás un gran negociante, un banquero, un financiero ilustre, un hombre poderoso? ¿O no saldrá, por el contrario, de entre las cuatro paredes de su tienda, convertido en un comerciante modesto y anónimo?...

*
* *

ALBERTO Y JUANITO

Sois primos hermanos y vais a ingresar en un mismo taller; lleváis camino de obreros. ¿Quedaréis en obreros toda la vida? ¿Iréis unidos siempre? Si uno de vosotros se emancipa del taller y acaba estableciéndose por su cuenta, progresando en su industria, y convirtiéndose quizás en poderoso fabricante, ¿cuál será de vosotros?... ¿Qué ruta os tiene ya señalada la Providencia? ¿Qué sorpresas os prepara en la vida el destino?...

*
* *

Los cinco abandonáis el colegio en un mismo día, siguiendo sendas diferentes. Tal vez no volváis a encontraros ya en la vida.

En la fábrica o en el taller, en la paz del campo o en el tumulto de la Bolsa, en el bufete o en la clínica, irá desenvolviéndose vuestra existencia, llena de afanes, de ansias, de alegrías y de dolores.

Estaréis muy lejos unos de otros; la vida os habrá separado para no juntaros más; si un día os encontrarais en la calle difícilmente os reconoceríais... Pero una cosa os une y os alcanza a dondequiera que vayáis: el recuerdo de vuestra infancia.

Cuando en la dura lucha del vivir cotidiano, necesite reposo vuestro espíritu y sienta nostalgia del pasado, volveréis los ojos atrás, a vuestros años de infancia, al colegio en donde erais niños entre los niños, donde corríais tranquilos y felices. Despertarán penosamente en vuestra memoria los nombres de los compañeros... y les dedicaréis una sonrisa; o tal vez un latido de vuestro corazón; o acaso una lágrima.

Id, queridos niños; id contentos y dichosos al campo, al Instituto y al taller. ¡Buen viaje a América, Tomasín!... ¡Que seáis muy felices! ¡Que seáis muy buenos!

¡Adiós!...

EL TRAPERITO

Cuento escénico en prosa, representable, para una niña y tres niños, original.

PERSONAJES: *Adelita, Traperillo, Ignacio, Paquito.*

La escena representa un gabinete cualquiera, que tiene dos puertas: una al foro, que es por donde se figura venir de la calle, y otra en el lateral izquierda (a la izquierda de los pequeños actores) que se supone lleva a las habitaciones interiores de la casa. Es de día.

Al descorrerse o alzarse la cortina, hállanse en escena Adelita, Ignacio y Paquito, este último el más chiquitín. Los tres son hermanos y se encuentran solos en casa. Adelita, está viendo unas estampas. Ignacio, sentado en un sillón, pensativo. Paquito, por detrás del sillón, haciéndole cosquillas a Ignacio con una flecha de papel muy larga, y escondiéndose. Ignacio cree que le pica una mosca y la espanta.

ADELITA. A mí no se me ocurre nada, Ignacio. ¿Y a ti?

IGNACIO. A mí tampoco.

ADELITA. Y se nos tiene que ocurrir algo. Todos los años hemos comprado a mamá el día de su santo una cosa cualquiera con nuestros ahorros, y éste no va a ser menos.

(Ignacio sorprende a Paquito en una de su bromas con la flecha, y se va a él de muy mal humor.)

PAQUITO. *(Levantando los brazos.)* ¡Paz, paz! ¡Pido la paz!

ADELITA. ¡Qué gracioso! *(También enfadada.)*

PAQUITO. *(Remedando a su hermana.)* ¡Qué gracioso!

IGNACIO. Ya está, Adelita.

ADELITA. ¿Qué has pensado?

IGNACIO. Verás. Como estamos solos en casa, y mamá tardará en venir, y abuelito no llega nunca antes de mediodía, podemos recoger unos cuantos trapos y papeles, bajar a la calle y vendérselos al primer trapero que pase; con lo que nos dé le compramos a mamá un ramo de flores. Se lo ponemos en la mesa, sin que ella lo vea antes y verás qué contenta se pone. ¿Qué te parece?

ADELITA. Me parece bien, pero yo no bajo a la calle a hablar con el trapero.

PAQUITO. Pues, entonces, que suba el trapero aquí.

ADELITA. ¡Y un jamón! Me dan mucho miedo los traperos.

IGNACIO. ¿Por qué, tonta?

ADELITA. Leí en un cuento que un trapero había robado a una niña cruda.

PAQUITO. Pues, ¿cómo la iba a robar? ¿cocida?

ADELITA. ¡Qué gracioso!

PAQUITO. *(Remedándola.)* ¡Qué gracioso!

ADELITA. Paquito, no te burles; sólo de oír nombrar a los traperos me pongo nerviosa.

PAQUITO. Pues subirá el trapero aquí. Sí, sí: ¡el trapero, el trapero!

ADELITA. ¡¡Paquito!!

PAQUITO. ¡¡¡El trapero, el trapero, el trapero, el trapero!!!

ADELITA. ¡Pégale, Ignacio!

PAQUITO. Si él también está muerto de miedo. ¡El trapero, el trapero!

(Van los dos a él, para pegarle, y Paquito se va por la puerta del foro, sin dejar de decir «¡el trapero!» «¡el trapero!» y burlándose de sus hermanos.)

ADELITA. El trapero no, ¿eh, Ignacio? Por lo que más quieras. Por lo menos yo no bajo.

IGNACIO. Yo bajaré, tonta. ¿Quieres que juntemos trapos y papeles?

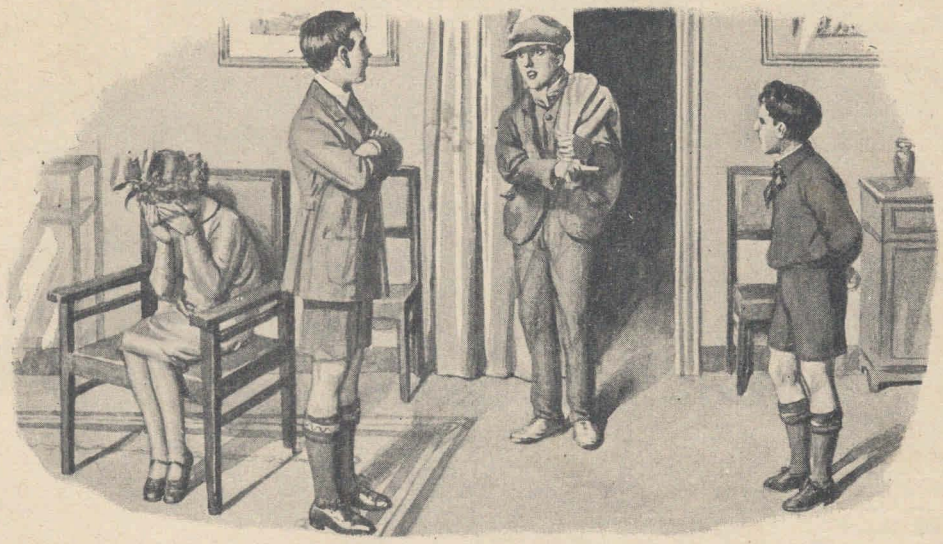
ADELITA. No hace falta.

IGNACIO. ¿Por qué?

ADELITA. Porque me acuerdo que mamá tenía dos paquetes ya preparados; los vendemos nosotros y en paz. Luego, cuando se entere de que fué para comprarle unas flores, no se enfadará.

IGNACIO. Pues vamos por ellos.

(En este momento llaman dentro, en timbre o picaporte.)



ADELITA. ¿Quién será?

IGNACIO. ¿Quién será?

ADELITA. ¿Mamá acaso?

IGNACIO. Mamá no llama nunca; abre siempre con el llavín.

ADELITA. ¿O el abuelito?

IGNACIO. ¿Antes de mediodía? No puede ser.

ADELITA. Entonces...

IGNACIO. Voy a abrir.

ADELITA. ¡No, Ignacio, por Dios! No me dejes sola; a lo mejor es un trapero, y...

(En la puerta del foro, Paquito.)

PAQUITO. He abierto yo. Es una visita. ¿Puede pasar?

ADELITA. ¿Una visita? Que pase, ¿verdad, Ignacio?

IGNACIO. Sí, que pase.

PAQUITO. Pues que pase. Es el trapero.

(Adelita e Ignacio quedan consternados. Paquito llama al Traperillo con la mano, y el Traperillo entra. Ignacio, al verle, se tranquiliza un poco. Adelita se ha cubierto el rostro con las manos, para no verle entrar.)

TRAPERILLO. Buenos días. Voy llamando en todas las puertas, y este buen mozo me ha hecho pasar. ¿Qué? ¿Hay muchos trapos y muchos papeles?

IGNACIO. Re...: regular. *(Temblando de miedo.)* ¿Verdad, Ade... Adelita?

ADELITA. *(Retirando de la cara las manos poco a poco, para verle.)* Sí, re... regular.

PAQUITO. Hay dos paquetes preparados.

TRAPERILLO. ¿No está vuestra mamá?

PAQUITO. No.

TRAPERILLO. ¿Ni vuestro papá?

IGNACIO. Sí, sí; papá está ahí dentro.

PAQUITO. *(Al Traperillo.)* No lo creas; papá está de viaje.

ADELITA. Papá está ahí dentro, en el despacho.

PAQUITO. Lo dicen porque están muertos de miedo. No lo creas.

IGNACIO. ¡Paquito! *(Este le hace muecas.)*

PAQUITO. Y nuestro abuelo en la oficina. Estamos solos en casa.

ADELITA. ¡Paquito!

TRAPERILLO. ¡Ah! ¿tenéis también abuelito?

ADELITA. Como todos los niños, hasta que se les muere.

TRAPERILLO. Como todos no, que yo no lo he tenido.

PAQUITO. Porque no te lo habrán enseñado.

TRAPERILLO. Por eso, monín.

IGNACIO. *(Cobrando confianza.)* ¿Y mamá tampoco tienes?

TRAPERILLO. Tampoco.

ADELITA. Pues, entonces, cuando eras malo, ¿quién te daba las zurras?

IGNACIO. Su papá, mujer.

ADELITA. ¿Y si estaba de viaje, como el nuestro?

PAQUITO. Se las daba por carta.

TRAPERILLO. Para hacer caricias hacen falta el padre o la madre; pero, ¿las zurras? Cualquiera las da... Y hala, vengan esos trapos y esos papeles, que si tardo mucho me pegan.

IGNACIO. Anda por ellos, Adelita.

ADELITA. Anda tú, Ignacio.

PAQUITO. Id los dos. Yo me quedo con éste.

(Se van por la izquierda Adelita e Ignacio.)

TRAPERILLO. *(A Paquito.)* A ti no te gustaría ser trapero, ¿verdad?

PAQUITO. Según las golosinas que os den.

TRAPERILLO. Ninguna, chico.

PAQUITO. ¡Entonces, no!

(Entran por la izquierda los otros con sendos paquetes de trapos y periódicos.)

TRAPERILLO. ¿Está aquí todo?

IGNACIO. Todo.

TRAPERILLO. Vamos a ver. El papel lo pago a diez céntimos el kilo. *(Lo pesa.)* Diez kilos; cuatro reales. Y los trapos a real; seis kilos, seis reales; cuatro y seis, nueve; nueve reales.

PAQUITO. ¡Embustero! Cuatro y seis no son nueve.

TRAPERILLO. Pues, ¿cuántos?

PAQUITO. Doce.

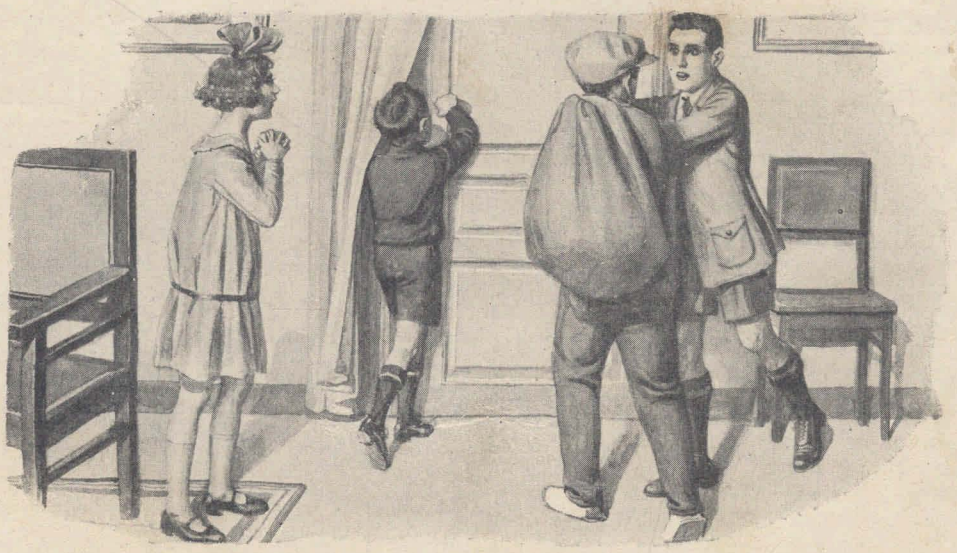
TRAPERILLO. ¡Ja, ja, ja! Me quieres estafar dos reales.

PAQUITO. Y tú a mí, uno. Soy más listo que tú.

TRAPERILLO. ¡Ja, ja, ja! Pues diez reales. Tomad. *(Se los da a la niña.)* Y ahora miradlo bien todo: no sea que entre los papeles quede alguna estampa, que luego echéis de menos. *(Pónense los tres hermanitos a revolver los papeles dentro del saco del traperillo, en busca de lo que no deba llevarse. Entre tanto, el Traperillo, con disimulo, coge un reloj de mesa y lo mete rápidamente en el saco, pero no con tanta rapidez que deje de verle Ignacio.)*

IGNACIO. ¡Eh, deja eso! *(A los otros.)* ¡Ha cogido un reloj!

ADELITA. ¡Ladrón, ladrón!... ¡Déjalo ahí!



TRAPERILLO. *(Cogiendo los sacos y disponiéndose a huir.)* ¡No sé de qué habláis! Adiós.

PAQUITO. *(Yendo a la puerta del foro y cerrándola.)* Adiós no, que yo cierro aquí y el reloj no se va de casa. Es un reloj que lo queremos mucho.

TRAPERILLO. Dejadme ir.

PAQUITO. ¡De ninguna manera!

(Suena dentro el timbre.)

IGNACIO. Muy contento. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ya está aquí mamá!

ADELITA. O el abuelito.

PAQUITO. ¡Ahora verás, ahora!

TRAPERILLO. *(Azoradísimo.)* Tomad el reloj, pero dejadme marchar. *(Saca el reloj.)* Yo os diré para qué lo cogía... Para decirle al trapero, mi amo, que había pagado diez reales por él; y esos diez reales me los quedaba yo... para un ramo de flores.

ADELITA. Como nosotros; en otro ramo de flores emplearemos este dinero, que nos das por los papeles y los trapos.

TRAPERILLO. ¡Otro ramo de flores! ¿Para vuestra madre acaso?

IGNACIO. Sí; es su santo hoy.

ADELITA. ¿Tú lo querías también para la tuya?

TRAPERILLO. Sí.

IGNACIO. ¿También es su santo?

TRAPERILLO. *(Con tristeza.)* No. Hoy hace un año que se murió. Le gustaban mucho las flores, y quería llevarle un ramo; para eso robaba. *(Una pausa.)*

PAQUITO. Adelita... dale los diez reales.

TRAPERILLO. ¿Deshacéis la venta? ¿queréis otra vez los papeles y los trapos?

ADELITA. No. Los diez reales son para ti; para que compres tú las flores.

TRAPERILLO. Pero va vuestra madre a quedarse sin ellas.

IGNACIO. ¿Qué más da? Las tendrá la tuya.

TRAPERILLO. ¿De veras me los dais?

PAQUITO. De veras, Traperillo.

TRAPERILLO. Pues gracias, muchas gracias. Las dos madres tendrán flores: la mía, las que compre con este dinero; la vuestra... el ramillete que formáis vosotros, tan buenos y tan compasivos. Las lágrimas de vuestra madre caerán sobre vosotros cuando le cuente yo vuestra acción; sobre mi madre caerán las mías revueltas con las flores... Adiós... Adiós...

(Se va por el foro. La niña se sienta y, en seguida, un hermanito a cada lado. La niña tiene la cabeza baja, rezando.)

IGNACIO. ¿Qué haces, Adelita?

PAQUITO. ¿Qué tienes?

ADELITA. Estoy rezando por su madre... y pidiéndole a Dios que viva la nuestra muchos años...

TELÓN

SC
LIJ
C-BP
23

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meferete
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
[illegible] en el país del sueño [illegible] la holgenza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinsón Crusoé.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.
Cuentos de los hermanos Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos
Eustaquio.
Vidas de hombres [illegible]
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (Tomo 1.°)
11. Cuentos de Andersen. (Tomo 2.°)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (Primera parte.)
40. Una ciudad flotante. (Segunda parte.)
41. Miguel Strogoff. (Primera parte.)
42. Miguel Strogoff. (Segunda parte.)
43. Las Indias negras. (Primera parte.)
44. Las Indias negras. (Segunda parte.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma. — El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.°)
58. Id id (2.°)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.°)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.°)
64. Los Quinientos millones de la Begún.